

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

ENTRE RIOS

Copia
98u/99

12

C. DEL URUGUAY

Maestro INDALECIA S. DE BENCIVENGA

Escuela nº 63

Fojas 102

OBSERVACIONES

MENCION (16º)

Provincia de C. Rios.
C. del Uruguay
Escuela Nacional N° 63.
Andalucía J. de Bencivenga.
Directora.

- 1 -

1

El tirano Roras y su músico mayor.
El del pitito.
- De mis recuerdos.

No hace mucho que muriera, casi en la in-
digencia y olvidado de todo el mundo, a la
avanzada edad de noventa y tantos inviernos,
un músico español que vino a esta parte de
América allá por los años cuarenta del siglo
pasado. Músico era, y de los buenos, y, al par que
músico, empresario de teatros. Se llamaba don
Francisco Gambin, nombre y apellido que han
de recordar - y algunos por tradición - los que
tengan memoria de los ya desaparecidos Argen-
tino y Victoria, y aun de aquel otro teatro lla-
mado Del Torvenio, que, en el local de una can-
cha, Chacabuco, entre Victoria y Rivadavia,
supo hacerlo elegante y lujoso, por arte de birl-
birloque, en quince días, el gran escenógrafo es-
pañol, cómico y director de escena don Francis-
co Torres, de quien ya me he ocupado en varias
notas de mis recuerdos... ¡Qué chishe era aquella
"tacita de plata" que sólo funcionó seis meses,
para convertirse luego en depósito de miser-
derias, como el antiguo Argentino y el de la
Victoria en un palaje y en una fistería!
¡Sic transit gloria mundi! ¿Sinal la gran de

recordan al viejo maestro y empresario teatral, nuestros vecinos, los de la heroica Montevideo, de cuando aún era el Felipe y Santiago del portugués Figueira, - hombre feo el tal Figueira pero, eso sí, caballero finchado a carta cabal, - pues fue allí en la heroica Montevideo, donde primero desembarcara al venir de la madre patria y compatriota, no recuerdo si antes o después, - con su colega, el "garibaldino" Gerzle, autor de la música del himno, - la instrumentación de esa pieza marcial: "Cid mortales el grito sagrado!..." cuya letra, se dice, fue escrita por el célebre poeta don Francisco Fiqueroa, - y va de Franciscos, - a quien llamaban el Quevedo Uruguayo por lo improvisador y festivo; y otros, aseguran, la improvisó el cómico Quijano, excelente cómico, que ladraba "comme un cané" en el espantoso drama del perro del castillo, - haciendo de perro y reía, estrepitosamente, en La carajada, imitando - hasta por ahí no más, al inolvidable actor argentino don José Casacuberta que murió en Santiago de Chile representando Los seis grados del crimen y del fue Sarmiento, el gran Sarmiento, se ocupaba elogiosamente.

Pues fue en la heroica Montevideo donde pisara, por primera vez, tierra americana; pero

como no encontrara acomodo, por aquellos pagos, a causa de las continuas disensiones sangrientas entre oribistas y riveristas, - "blancos" y "colorados", - nuestro don Francisco resolvió trasladarse con su música a los "sinistros dominios de don Juan Manuel de Roxas, en busca de mejor fortuna, a pesar de tener teóricos conocimientos de los puntos que calzaba "el Nerón del Plata", - como le llamaban sus enemigos, "los inmundos salvajes unitarios"; pero como don Francisco decía, con su sal andaluza, al narrarme, con fruición, esta anécdota de su zarandeada vida de artista.

- ¿Ya mi, qué? Yo ya había aprendido a saber que los sonidos modulados, vulgo música, abundan las penas más duras, y si Orfeo, padre o creador de las armonías, bajó al Infierno y domó (válgame el dicho) con los acordes de su lira al diablo mayor y toda su corte; por qué no habría yo de hacer lo mismo con los agudos de mi flauta en esa otra guarida de endriagos y tramantojos?

Y aquí se vino, trayendo como introducción al "otro del tirano" nada menos que una bondadosa misiva del ex presidente uruguayo, excelentísimo general teniente don Manuel de Oribe, para el otro excelentísimo general teniente

don Juan Manuel de Roxas.

¡Item más: ¡hombre precavido mi don Francisco!) el cintillo colorado con la histórica leyenda, en letras doradas y muy visibles: ¡Federación o muerte! ¡Mueran los salvajes unitarios! que, antes de desbarcar, se colocó en un bjal de su casa-quilla... "De color arratonado, por más señas, me añadía.

Pues... resultó que, con las ropas húmedas por las ráfagas de la travesía y sin más descanso, - como los caballeros andantes, acompañado por el entonces capitán del puerto de la también heroica Buenos Aires, coronel don Pedro Raimundo, - del que tomó datos fructíferos, se plantificó en Palermo.

Y bastó que se hiciera anunciar por el otro don Pedro (Regalado Rodríguez), secretario escribiente de su excelencia, como portador de la referida misiva del general Oribe, para que sin más trámite, fuera introducido a la presencia del "héroe del desierto" y gran restaurador de las leyes, el que, después de observarlo, de medirlo de arriba a abajo, y de leer, detenidamente, la carta de su aliado, le preguntó, sin más preámbulo:

- ¿Usted es gallego?

- No, señor, - le contestó don Francisco, sonriendo maliciosamente, soy nativo de Cádiz.
- Bueno, - afirmó Roxas, impaciente, - gallego de Cádiz.
- No, señor, - le retrucó nuestro hombre, achacando a ignorancia geográfica la afirmación de su excelencia; andaluz de Cádiz.
- ¿Y por qué usa la divisa? - le preguntó Roxas, que seguía observándolo, sin hacer caso de la rectificación.
- ¡La divisa! - exclamó don Francisco, palideciendo ante aquella mirada escrutadora. - Uso la divisa porque... - agregó, tartamudeando, sin hallar en su solfa una nota que armonizara con la pregunta.
- Esa divisa, - le dijo entonces Roxas con un fruncimiento de cejas que más lo estremecía, - no la usan los gallegos si no son federales probados, ¿entiende? y usted ha de ser uno de tantos que por adulonería se la ponen. Síguela no más y espere a que yo se lo ordene para ponérsela... Don fin, ¿qué quiere? - volvió a preguntarle bruscamente.
- Pues yo he venido, excelentísimo señor, porque se me ha dicho que su excelencia desea que le formen una banda militar y yo podría...

- ¿Quién se lo ha dicho?

- Últimamente el coronel Jimeno.

- ¿Usted es músico?

- Sí, excelentísimo señor.

- ¿Y qué instrumento toca?

- Puedo decir que casi todos, excelentísimo señor, mal que bien; pero, mi especialidad es la flauta aguda,

- añadió don Francisco, con cierto tufillo pedantesco.

- ¡Aguda! - exclamó su excelencia sorprendido.

- ¡Flauta aguda!... ¿Qué instrumento es ese? - preguntó como si extrañara el denominativo.

- ¡Este, excelentísimo señor, - repuso el músico, - quien, por lo que pudiera ocurrir o por lo que pudiese contingere, como el me decía, lo llevaba en el bolsillo, y desenfundó un diminuto instrumento, de ébano con varios agujeritos.

Rozas se lo tomó, hizo como si lo examinara prolijamente y devolviéndoselo;

- Luego lo que usted toca es el pito? - le preguntó, un si es o no es burlesco.

- Flauta aguda, excelentísimo señor... - replicó don Francisco.

- Flauta aguda, - repitió, - a que algunos dan, impropiamente, el nombre de pifano.

- No jorobe, amigo, - le contestó Rozas, tomando de nuevo el instrumento y haciendo que lo examinaba más detenidamente, - este es

un pito, - y soplando en el primer agujero produjo una nota shillona, para añadir en seguida: - ¿No ve que es un pito?

Don Francisco quiso protestar de nuevo; pero se contuvo porque con "aquel hombre" no había discusión posible. (Después supo que se lo había estado "fumando") Por otra parte, fuera pito o fuera flauta, - flauta o pito, - nada le importaba con tal de conseguir su objeto.

- Bueno, excelentísimo señor, será pito, - contestó transigiendo. - En Europa y en algunas partes de América, - añadió, con cierta importancia comunicativa, - ese... instrumento es indispensable en las bandas. No hay banda que no lo tenga ya.

- A ver toque - le insinuó Roxas, devolviéndoselo. - ¡Solo, tenor! - exclamó don Francisco. - No se acostumbra.

- ¿La mí que me importa que no se acostumbre? - le replicó Roxas, impaciente. - A ver, ¿toque! ... ¿o es que no sabe?

- ¡Qué no sé! - volvió a exclamar don Francisco, indignado por lo que él consideraba "una" de las mayores ofensas que pudieran hacerle. (Decirle a él, a don Francisco Gambin, que no sabía tocar su instrumento le parecía... ¡No faltaba más!) Pues, bien, excelente

simo señor, - barbotó, en un suspiro de conmoción profunda, - por complaceros allí va y... perdona sus muchas faltas como se dice en los sainetes.

Y poniéndose en postura y alzando la mirada, como si implorase, en ella, a sus dioses penales, produjo una escala "brava" y la emprendió en seguida con un solo de flautín. Y fue tan del agrado del excelentísimo señor y aún del "competentísimo" don Eusebio de la Santa Federación que acudido había y seguía con gesticulaciones payasescas aquellas notas "chillonas" que, inmediatamente don Francisco quedó nombrado "músico mayor" de Palermo con la obligación de formar la referida banda militar que servía de petreta y para dar "conciertos" en el histórico puente del lago, donde atracaba el famoso vaporcito de ruedas.

Pues manos a la obra, - se dijo don Francisco, satisfecho de su suerte y de lo bien que lo había tratado su excelencia, para añadir en el colmo de su gozo: - Si ya decía yo que no era tan fiero el león como lo pintan!

Y en un periquete, a este quiero y a aquel desahucio formó su banda marchal con los más hábiles cornetas que en Palermo había.

Y fue una tarde, - de verano, por más señas, - en que, adiestrados ya sus discípulos "magistralmente", se dispuso rebosante de orgullosa vanidad darle, a su excelencia, "la gran sorpresa del siglo". Así, pues, dirigióse, cautelosamente, muy cautelosamente, a las habitaciones en que su excelencia, solía recibirlo cuando estaba de buen humor.

- ¡Ja verán, ja verán - iba diciendo "in mente" - cómo se pone "el héroe del desierto" cuando oiga...

Y engolfado en la prematura satisfacción que la agradable sorpresa les produciría a cuantos le operan "su banda", aquí entro y allí salgo, logró, por fin, dar con una puerta tras la cual le pareció oír la voz de su excelencia. Sobre, y. l. efectivamente, el "héroe del desierto" allí estaba, en aquella habitación, conversando familiarmente, "muy familiarmente", - añá - dí don Francisco, con una hermosa dama.

- ¡Oh! - le gritó Roxas al verlo, frunciendo el ceño. - ¿Cómo se atreve? ¿Qué quiere? - cuando en él la mirada terriblemente fría de sus ojos azules.

- Pues... - articuló don Francisco, tartamudeando y temblando como perro chino en invierno, - nada, señor!... Es que la banda... Sí, señor, la banda ya está dispuesta esperando

a que su excelencia quiera... - y salió de allí a todo escape, gesticulando, accionando y murmurando: - ¡No fusila! No hay más que me fusila el tirano. Lo he leído en su actitud... El león es más fiero de lo que lo pintan... - Y aquí caigo y allí me levanto, llegó al puente, en el que, firme, lo esperaba su banda de cornetas.

- Atención, muchachos, - les gritó con la voz trémula y ademanes descompasados de mando. - Atención, he dicho, - añadió, enarbolando su diminuto instrumento a guisa de batuta. - ¡Vamos, que ya viene su excelencia! A ver, tres por cuatro... del minué nacional. ¡Mucho cuidado! ¡Mucho cuidado!

Y senalando el compás, con el referido instrumento, la emprendió con su flautín "de le que le das", cuando vio venir a su excelencia, acompañado de Manuelita y otras damas, de los representantes del cuerpo diplomático francés - con los que su excelencia acababa de girar el tratado de paz; - el ministro Arana; oficiales de guardia y otras personas que, a distancia respetuosa, prestaban curiosa atención, como aquellos, a las bien combinadas y ejecutadas armonías de la banda,

que tocaba la pieza favorita de Rossini, como nunca se había oído en Palermo.

Con aquel momento, me decía el viejo músico, deseaba que me tragase la tierra. Yo hacía cuanto me era dable para pasar desapercibido, escondiéndome detrás de los muchachos y repitiendo "in mente" mientras soplaba en mi instrumento: Noe fusila... ¡No hay más que me fusila! cuando oigo la voz del tirano que me llama: ¡Maestro! sonando en mis oídos como si fuera la trompeta de Jericó. Había llegado el momento terrible de castigar mi indiscreción, mi imperdonable impudencia, y no me atrevía a moverme cuando su excelencia gritó imperativo: ¡Cese la música! La música cesó con sorpresa para todos, y ¡Maestro! volvió a repetir el tirano, llamándome impaciente... La no había escapatoria: cuando menos, cuando menos, doscientos azotes en... Santos Lugares

"- ¿A mí, señor? - le pregunté, más muerto que vivo."
"- Sí, a usted - me contestó, riendo de una manera para mí incomprensible, a usted, el del pitillo"

"No había más remedio que acudir, y así lo hice, cabizbajo, resignado como carnero que llevan al matadero, con cara de espectro y mi instrumento en la diestra temblorosa."

"-Vea, -me dijo aquel hombre imponente, cuando me tuvo a su lado, -usted merece...

"-Perdón, excelentísimo señor, balbucee, sin dejar que concluyera. - ¡Yo no he visto nada!... ¡Son visiones!... - gimi, desolado.

"- ¡Tasta usted loco, señor músico! - exclamó su excelencia para añadir: - ¡Qué perdón mi que visiones!... Merece usted, según la opinión de todos, por lo bien que ha organizado la banda, un premio.

"- ¡Un premio, señor!... ¡Excelentísimo señor!... - dije, creyendo que sonaba.

"- Sí, pues, - recalcó Roxas, - tome, - añadió, mostrándome una reluciente onza con su busto.

"- Yo - repuso don Tausebio de la Santa Federación, solemnemente vestido de mariscal - te condecoro, porque ya lo mereces, con nuestra sagrada divisa, - poniéndome, en el ojal, el cintillo rojo, añadiéndole: - He ver, gallego del baidix, repite conmigo: ¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!

"- ¡Con qué una onza! - balbuceé, asombrado peripatéticamente, después de repetir la leyenda, no acertando a tomar la recompensa la mis desvelos, mientras don Tausebio, con sus gesticulaciones ridículamente graves e irónicas, me condecoraba. - ¡Cuánta bondad, excelentísimo señor!...

Y yo que creía...

"No creas nada, desgraciado, me dijo el bufón de Palermo; - ni lo que veas con tus propios ojos, ni lo que palpés con tus propias manos, porque todo te saldrá al revés.

"¡Siga la música! - ordenó su excelencia cuando yo, tomando y besando fervorosamente la aurífera moneda, volví a "mi" banda repitiendo "in pecto": Si bien dice el refrán que no es tan fiero el león como lo pintan.

"Y ya en el puente, aturdido, pasmado, asombrado no pudiendo contener los impulsos de mi conmoción infinita, dirigíme a mis subordinados y barbotando las palabras, les dije: Marchaos, griten conmigo: ¡Viva el excelentísimo general don Juan Manuel de Rosas! ¡Viva! ¡Viva el héroe del desierto y gran restaurador de las leyes! ¡Viva! ¡Federación o muerte!"

"Y los cornetas terminaron el estribillo: "Mueran los salvajes unitarios!..." en tanto que, su excelencia y la compañía tomaban asiento en el vaporcito de ruedas que empezó a "navegar" en el estrecho y corto lago a los acordes de "mi" banda, en la que, en ese instante, descollaban, deliciosamente, las notas agudas de mi píflo.

Rafael Barreda.

Provincia de C. Riós.
Escuela del Uruguay
Biblioteca Nacional N.º 63.
Dirección de Bencivenga.

Una "terrible" venganza" de Mitre.

por J. M. Hubin ... 8

Sea porque al oprimirla, lastimase su gloriosa herida de la frente, o bien porque su temperamento sencillo y republicano le impulsara a ello, es el caso que el general Mitre jamás usó sombrero duro.

Una sola vez se vio obligado a prescindir, por breves momentos de su popular y democrático chambergo: fué durante su permanencia en Europa.

Al entonces Presidente de la República Francesa, Ladi-Carnot, ofreció al ilustre argentino una recepción en el palacio del Toliseo, expresamente preparada en su honor.

Recibir la invitación y empezar a sentirse incómodo, fué para Mitre una misma cosa: fuera de su país, donde en ningún caso tenía necesidad de alterar su sencilla y habitual indumentaria, veíase entonces en la dura necesidad de presentarse de rigurosa etiqueta.

Aparentemente resignado, llamó a su secretario Piquet, y le encargó la compra del incómodo subrecabeza usual.

Poco después de hecho el encargo, tenía lo en su poder.

El general sacó la galera de su caja,

mirándola con horror, casi con ira; observóla de tenidamente, la dio vuelta varias veces, entre sus manos, y, por último, encarándose con su secretario, le dijo muy resuelto:

— Vea, haga que le bajen un poco la pipa, es muy alta esta galera.

— ¡Pero, señor! — se atrevió a objetarle Piquet.

— Haga como le digo — replicó secamente, Mitre. El sombrero de copa retornó a la casa de donde procedía y poco después volvía ya recortado.

Nueva inspección y nuevo gesto de desagrado del general.

— Más bajo todavía — exclamó, — dos dedos más bajo.

— Señor — le observó asustado el secretario, — entonces, en vez de galera, va Ud. a llevar una galera estrafalaria y ridícula.

— No importa: devuélvala para que la arreglen como yo quiero.

El empleado de la casa, salió, probablemente, riéndose de aquel extraño cliente que con tanta despreocupación, despreciaba las imposiciones de la moda, olvidándose de que estaba ¡nada menos que en París!

Volvió el sombrero y al hacerle el general

su tercer examen, exclamó:

— ¡Está bien, Ahora sí.

Y con tal sombrero fue al Coliseo.

Después de media noche el general regresaba de la brillante fiesta.

Silenciosamente, y rabiosamente, se sacó aquella caricatura de sombrero de copa y con todas sus fuerzas lo arrojó al suelo, sonriendo feliz cuando lo contempló convertido en tortilla. Fue su terrible venganza contra la exigente etiqueta.

J. M. Arbin.

Provincia de L. Rios.
E. del Uruguay.
Escuela Nacional de
Indalecio P. de
Directora.

Como enseñó a maniobras,
sus gauchos, el Almirante Brown.

Encargado, el que fue glorioso Almirante
de nuestra escuadra, Guillermo Brown, de pre-
parar, para el combate, las primeras naves
argentinas, entre los muchos inconvenientes
que le salieron al paso, tropezó con uno, capíz,
por si sólo, de haber hecho fracasar, a otro
hombre de menos energía de no tanta seren-
idad y de menor inventiva.

Fue este obstáculo la imposibilidad de
proporcionarse tripulaciones homogéneas
y disciplinadas.

Los aventureros extranjeros entre los cuales
no era raro encontrar espíritus aviesos
y criminales propensos siempre a la
desobediencia del motín, no eran ni con
mucho, los soldados valientes y entusias-
tas que necesitaba Brown.

Para acabar de una vez, tomó el parti-
do de substituir a los forasteros engancha-
dos por gauchos y aún indios; éstos eran
sumisos, duros para trabajar y combatir,
dispuestos a sacrificarse por la patria;
pero eran, desgraciadamente, muy ignoran-
tes; no sabían leer ni aún contar y era tarea
poco menos que imposible hacerles conocer
el nombre de las cuerdas, de las velas y de las

maniobras.

No se apuro' el flemático irlandés; viejo lobo de mar, era un repertorio vivo de tretas y de expedientes.

Averiguó que su flamante marinera era maestra en el manejo de los naipes y puso a las vergas, palos, cuerdas y velas de los buques los nombres de las cartas de la baraja, logrando por tal medio pronto y sorprendente adelantos en el adiestramiento de su gente.

Así, oíanse en las horas de instrucción y aún en medio del combate, nombres y órdenes extrafalarías, propias sólo para hacer estallar la risa.

Y no era para menos: qué otro efecto podía producir en oídos familiarizados con los términos náuticos, oír decir: ¡Larga el as! ¡Ata el caballo! ¡Amarra el rey! ¡Recoge la sota!; en vez de los reglamentarios, larga la mayor, ata el bauprés o recoge rizos?

Por tan ingeniosos medios formó el gran almirante a los primeros marineros argentinos, a los que dieron a la patria los gloriosos laureles de los Pozos, del Juncal, de Montevideo y Costa Brava.

J. M. Aubin.

Provincia
B. del N.
Escuela
Indalecio

Provincia de L. Rios.
Escuela Nacional de
Indalecia I. de Benavente
Directora.

- 1 -

los confines patrios. Un 25 de Mayo.

11

Al aclarar el día, en el momento en que en los festejos oficiales de alguna ciudad correspondía a los cañones hacer sus salvas saludando al sol, hendió el aire en el lejano pueblito una aguda clarinada. Un viejo soldado, obviado en su vivir humilde, sentía renacer nostálgicos carinos... Del antiguo uniforme de sus campañas, alistado de antemano, volvió a vestir su cuerpo ya doblado, infundiéndole inesperada virilidad, y el clarín pendiente de la pared, al lucir su bronce con milidos destellos, bajo aquella luz nasiente de la aurora, le hablaba de viejas hazañas y larga camaradería. Y fue la bienvenista al día aquella aguda clarinada que tenía la fuerza de la joven alma del pueblo y la virtud de su pasado heroico.

Muy lejos Buenos Aires. Muy lejos la capital fabulosa que las vitas apartadas ven y presienten en su atracción de voragine, de urbe colosal, orgullo de todo un continente, como el corazón mismo de la patria, conservando sin mengua su tradición historica! Muy lejos... Pero reahizada ya por otra raza la moderna conquista de labor sobre los vastos campos de labranza, sobre las inextricables selvas y las altiplanicies del eterno, con la nueva generacion de estos

pueblos que por la razón misma de su origen y el origen de sus fundadores debieron necesariamente vivir sus primeros años en la despreocupación si no en la ignorancia de la historia de la Nación que integraban, sintióse en ellos un acento de carinos por el suelo nativo, claramente traducido en consciente orgullo de alma argentina.

Ondulaban las banderas que en el ornamento popular constituyen lo más sobresaliente y sobre ellas había impuesto la noche la humedad del rocío haciéndolas pesar en forma que el viento las moviese pausadamente. La plaza lucía vistosos gallardetes en hilos tendidos entre la arboleda, formando en el centro una inquieta techumbre de vividos colores, bajo los cuales iban se reuniendo los vecinos. La tierra indígena ofrecía la nota curiosa de unir al común aspecto festivo de todos los pueblos de campaña, la presencia típica de unos cuantos indios que miraban aquello con ojos agrandados y extraña expresión de asombros manifestados con toda claridad, - para ellos, - en la continua emisión de los guturales sonidos que constituyen su idioma. Eramos, cuando aún era noche, estuvimos en el mismo sitio los colegios entonando el

Himno. Un noble maestro sin pretensiones improvisada una tarima sobre algún cantero, leyó con voz unguida de emoción y de respeto su oración patriótica, llevando transportes de entusiasmo a las almas blancas de los niños y viejas reminiscencias a las almas enturbiadas de los hombres.

Cuando era niño, en mi pueblito de origen tendido en un valle andino, de muy distinto aspecto, por cierto, a esta región chaqueña a donde acuden para asociarse a nuestra festividad de Mayo, colonos europeos con mujeres rubias, viajando acaso largas leguas sobre coches de tosca estructura, porque tienen hijos nacidos en este suelo al que ellos quieren por su prodigalidad en todos los sentidos, iba yo también formando en las filas escolares a cantar el Himno en la plaza. También nos arengaba algún viejo profesor y luego, tras haber recorrido las calles de la villa viviendo a los próceres, nos deteníamos respetuosamente ante un árbol colosal, - que el día anterior no mirábamos siquiera, - evocando una leyenda. Allí, contaban los naturales, había descansado a la sombra, en su paso hacia las provincias del Norte, un héroe: Lavalle. Aquel día, el árbol aquel, era sagrado.

Y las escuelas eran lo mismo en este otro pueblito del país boscoso; los mismos chicos vestidos al

21

gueros con levita y morrión de granaderos y la misma ostentación de altivez en el andar y la mirada del que llevase el estandarte de aquel diminuto ejército que, al disolverse, volcaba por las calles la pintoresca presencia de los niños discutiendo con viva animación las incidencias más notables.

Al desfile, del que salía cada alumno encablando su banderita azul y blanca, cuya posesión no despertara en los pequeños tanto interés como el reparto de masas y galletitas, seguía por turno la fiesta popular en que figuraban el consabido "palo jabonado" y las carreras de sortijas. Con complemento de estas destacándose expresiones y refranes, de sabor regional, mitad español y mitad guaraní, como así mismo, airoso atavío de los jinetes y sus fogosos montados. Desde el palco oficial, con riguroso traje negro y solenne seriedad de circunstancias presenciaban los juegos las autoridades locales. Y todo el día lindante ir y venir de gentes, por el pueblo, inusitado movimiento en los caminos, mientras ofrecía el pensamiento el contrasentido de desear que pasara rápido el tiempo para llegar a ese otro número del programa que debía realizarse con la puesta del sol, aun cuando se deseaba a la

vez que no terminase tan pronto el día.

Cecía la tarde. Volvió a cortar los aires el agudo son de un clarín, bajo el constante entrecruzarse de los gallardetes, volvieron a congregarse los colegios y otra vez las voces infantiles entonaron el himno cuyas estrofas se perdían a lo lejos como una canción prolongada por el eco de las selvas.

Ahora preocupábanse las madres de reunir a sus chiquillos y abandonar bien que fuera momentáneamente, las atracciones de la fiesta.

Recomenzó por las calles, el movimiento de la mañana y el transitar de los vecinos regresando a sus viviendas de colonos. Por los abiertos caminos alejábanse los toscos carricoches en tanto la luz del Sol prendía sus últimos rayos, acaso resistiéndose a no alumbrar ya más aquella tarde, sobre las copas altísimas de los árboles cuyo ramaje, negro a esa hora, formaba sobrio marco a las floridas praderas. Y vueltas las cabezas hacia la población, vieron con pena los colonos que no tomarían esa noche, como surcaban la obscuridad las luces rojas, blancas, verdes, de los primeros fuegos artificiales que poco después encantarían con sus fantásticas ficciones, por igual a los chicos y a los grandes.

Raúl Dorca

Por las tierras del mañana.

Y hasta aquellas lejanas regiones llega, como una bendición, la corriente educadora que ha de formar, en el porvenir, la legión de los que, de aquellas tierras han de extraer inteligentemente, el valor incalculable que a los otorga...

Existen, en el norte de nuestro país, tierras fértiles, casi vírgenes, que la naturaleza ha sido prodiga en suministrarles sus mejores y más benéficas complementos: agua en abundancia y un clima agradable y sano donde ventajosamente se adaptan las gentes de otras regiones. Nos referimos al pueblo de Galpón, departamento de Moctán, provincia de Salta.

La distancia de este punto a Galpón es de 35 kilómetros con una diferencia de 500 metros de altura, aguas abajo, hacia Galpón, con dos ríos que llevan agua para regar más de 100,000 hectáreas, con desniveles para producir fuerza hidráulica por centenas de millares de caballos.

De los países nuevos siempre se ha hablado en forma prodigiosa, pero las fábulas, de la Florida y de Cipango, resultan una fábula comparadas con estas tierras de Moctán y de Galpón.

A mitad de camino se encuentra la famosa Tosteco: ¿Por qué se llamarían la Soberana del Virreynato? ¿Se la tragó la tierra por un castigo de Dios? Lo cierto es que en 1757, desapareció Tosteco la Pagana, Capua de aquellas

Provincia de Salta.
Escuela Nacional N.º 63
Industria S. de Benavente
Directora.

capitanes.

Este recuerdo de Costeco, viene muy a punto:

La tierra de las delicias se ha elegido siempre en el lugar más lujurioso. Y esta idea de Sodoma al hablar de Costeco, llevándonos a los recuerdos bíblicos, nos hace pensar en aquellos racimos de uvas, de la tierra de promisión, porque hemos visto, flores y frutos de esta tierra, que revienta de opulencia, que nos han dado la sensación de realidad de cuanto soñáramos, en nuestra niñez, leyendo las parábolas de la tierra de Canaán. Una sola hectárea, de estas tierras, asegura la vida feliz de una familia tan numerosa como pudiera ser la de aquellos patriarcas.

La caza es prodigiosa, variada, desde los venados hasta los faisanes.

Abundan los manantiales de aguas calientes. Las lavanderas del pueblo de Golpón lavan la ropa en arroyos humeantes y sombreados, cabe la orilla al pie de majestuosos cedros, en un ambiente embalsamado por tantas esencias vegetales que se desprenden de la flora más armoniosa y fecunda, que nosotros hemos conocido. Allí, acariciadas por ese céfiro vivificante, las la-

vanderas salteñas de Galpón, se sirven de agua termal que nace a 90° de calor, ahí nomás, a unas tres cuadras... y este tributo de Plutón ofrendado a Minerva, en nuestros bosques del Oeste salténo, utilizado, hoy, por sencillas mujeres, cual lo hicieran en la antigüedad pagana, aquellas ninfas inmortalizadas por Lidias en tantos fríos, etc., etc....

"Tápese la nariz, Señor, que el aire viene de aquel lado," nos dijo nuestro baqueano, porque se tomaba olor a petróleo, que venía de unas lagunas cercanas. "Sirvase fuego, Señor," me dijo, ofreciéndome encendida, como candela, una pirita bituminosa.

X.X.

Provincia de L. Rios.
Escuela Uruguay
Andalucía S. de Nacional
Directora Benavente

Los carnavales argentinos.

Cuando suena el legendario cascabel del Carnaval, anunciado de locas expansiones, algún moralista insistirá siempre ingenuamente, en la misma declaración genealógica, — que esta fiesta es la continuación a través de los tiempos de aquellas saturnales en que se enfangaban las sociedades del paganismo. Es en vano majar el mismo hierro: las transformaciones morales tienen su hora, y esa influencia desarrollan las imperfecciones de un espíritu selecto, que pretenda adelantarse a los tiempos con un lenguaje condenatorio no comprendido por todos y considerado extraño siempre por la multitud. Una careta fascina al hombre de las multitudes, — que es el hombre más débil — porque detrás de ella despiertan sus energías, el rudo de su lengua se desata y la fuente de su corazón se abre para derramar la dulzura o la hiel de las pasiones sobre sus semejantes. Fácil parece descubrir cobardías o debilidades humanas en la tendencia, pero es algo muy conocido que la razón serena y fuerte, necesita del antecedente de los siglos para extender su imperio: la humanidad se defiende

con la máscara y cuida sus alegrías, con todo afán. Un día de locura, durante el cual saltan los botones del chaleco y se arrojan a la calzada los estiramientos convencionales de programa social, y se olvidan amarguras al ruido que uno mismo produce, es la baranda que nos impide pensar en nosotros; pero, de todas maneras, es un día de felicidad popular! Pascal dice que eso es, solamente, lo que ha podido imaginar el hombre para creerse dichoso y que "poca cosa nos consuela, porque poca cosa nos aflige."

Sin embargo, cuántos que habrán pensado seriamente en esto, se reirán, en Carnaval, de la profunda verdad del filósofo. ¡Para verdades amargas, estos días!

Pensemos que el turbión, a fuerza de correr, formará su propio cauce.

Del Carnaval, mirado, como diríamos, desde nuestra ventana, y en nuestra casa, se transforma y su nota característica no está en el mismo espacio de la pauta originaria.

La licencia, de otro tiempo, empieza a ser estrechada y suprimida por la cultura de las mejores horas; y aún cuando mu

chos creen que las sociedades modernas han conseguido solo un manto de oro para ocultar las sensualidades y turpitudes primitivas, es hecho innegable que, desde la saturnal hasta los carnavales modernos, hay un paso de progreso, que no pueden ver los que sienten las brumas de la miopía.

No vamos a señalarlos nosotros: la investigación, a través de los siglos, los pueblos y las razas, puede ser interesante, pero vamos sencillamente a medir el espacio que existe entre los salvajes carnavales argentinos de principios del siglo XIX y los del día, para marcar con sus notas propias las conquistas de la cultura social.

Consagremos:

El siglo XIX entero, sin pérdida de año, es nuestro, es decir, argentino: tenemos solidaridad con todos los acontecimientos y participación, en todos los hechos, en esta región americana.

La época revolucionaria alcanzó a los viejos carnavales españoles que con sus alegrías no quebraban la tesura de los señores, aunque desataban, necesariamente,

la lengua de los criados; las costumbres, que presenciábamos, eran las de la coronada metrópoli, transportadas a la muy noble aldea. Del disfraz no era de moda; el pueblo tenía demasiado harapos y los ricos homes no permitían que los negros esclavos, mulatillos y mestizos se cargarán con las prendas de la alta indumentia social para holgar, entre ellos, ni toleraban a tan mala compañía, acercamientos insolentes o licencias de lenguas villanas.

Con aquel ambiente, las diversiones populares no encontraban campo para sus expansiones: el pueblo buscaba los suburbios y los criadas tenaces en la locura, los higuerales del fondo de las casas solariegas para consumir sus barrabasadas carneralescas. Solo las hermosas negrillas se reunían como pequeñas fieras domesticadas para divertir a "su merced" y al amito con tangos, ondulación de caderas y cantos guturales de una monotonía abrumadora. Por excepción, las bellas castellanitas adoptaban los expedientes de la fiesta, pero sin descender a las filas populares: "Mojan a los caballeros unas cuantas hermosas, dice un viejo cronista peninsular; y ellos

miran los enemigos y huelganse de verlos. ¡Oh, hermosura, cuán ofendiendo eres muchas veces amable! Toratan de su venganza y arrojan dentro de la pieza muchas bombas de agua olorosa hechas de cáscaras de huevo. Conciéndose en tema las baterías. Quiere desde los balcones hacerles guerra fastidiosa el vulgo de otra familia noble. Tombarázase el dueño corrigiéndoles con los apellidos heroicos que aquellos mecos tienen. Con sólo el nombre los quiere hacer respetables....."

Así queda pintado el señor que no mezcla sus alegrías con el vulgo y que le rechaza recordándole su prosopía, cuando aquel se aventura a romper los límites de su clase servil. Y las costumbres perduran y no se botan como las sombras a la luz del día.

Del pueblo vencedor y soberano de la revolución, no perdió sin embargo sus timideces sino veinte años después, y olvidados de sus anhelos por las reivindicaciones indígenas y más exacerbado su odio a los antiguos señores, licenciado y no libre, por venganza más que por placer, cambió durante los días carnavalescos su librea de héroe batallador, su disfraz diario y su chiripá colorado y goro

de manga, por el calzón corto, la media, de seda, el fraque bordado con lentejuelas, la peluca empolvada y el espadín de los feminulares, que caídos en menos, botrados del ambiente democrático y plebeyo de la hora, pasaban a ser ejemplares de la fauna carnavalesca.

Con esos días se despilfarraron los tesoros de la guardarropia colonial, para vestir las mascaradas del pueblo revolucionario, y... ¡cómo despertaban la admiración de las comadres y seducían a las lindas muchachas, aquellos trasuntos de los recientes señores, con su andar majestuoso y sus modales de alta cortesanía! Los corrillos estallaban sobre el rastro, con cuchicheos significativos para marcar los parecidos.

— ¡Si es igualito a Alzaga! — decía una, y de todos los labios brotaba el recuerdo de los hombres del viejo sistema, en tanto que el solenne máscara, seguía mudo su camino, feliz, emparedado dentro de aquellas prendas que eran para él un verdadero disfraz, orgulloso con el brillo de sus lentejuelas y con la curva del alto alzapón, sobre el cual se balanceaban dos grandes medallones de hojalata.

La máscara tenía una representación política, condensaba acaso el ridículo condenatorio, porque muy pronto el espíritu agresivo de los tiempos, hinchó vejigas y se lanzó a la calle a correr condes, marqueses y señores, para dar paso a los indios y a los malones, - los malones en plena calle, las algazaras espeluznantes de los pampeanos con melena cerdosa, vinchas rojas sobre las frentes bronceadas y lanzas emplumadas con los que amenazaban a los curiosos y asustaban a los chiquillos con las pechadas de sus potros y los bárbaros "loncolets" y los gritos desabridos de "matando cristiano" y todos los gerundios de la Pampa salvaje.

La aparición deleitó primero y aterró después. Comenzó por un ensayo y terminó por trasplantar las costumbres más isperas del desierto a las calles de Buenos Aires.

Esta fue la nota sensacional en una época lejana ya. El retraimiento general de las familias, inspiró la condenación oficial. Rosas prohibió el Carnaval, pero los decretos no matan a las costumbres. Simultáneamente con aquella orden y como si la sociedad comprendiera que había arrojado sobre sí muchas miserias, echó mano del agua y con rabiosa alegría

trataron todos sus miembros de ahogarse los unos a los otros....

¡Del reinado del agua, de la tinaja y del balde!
Famosa época que todavía despierta fricciones con su recuerdo en muchas personas. Se inició con el huevo, continuó con la manguera y el "aguasendo", con el jarro, el balde y la tinaja y se perfeccionó con el porno.

¡Qué tiempos aquellos!

Quince días antes del Domingo de Carnaval, ya estaban armados los cantones sobre las azoteas, con los instrumentos y proyectiles para las grandes batallas carnavalescas: huevos con agua perfumada para los elegidos, tinajas inmensas con aguas turbias y claras, baldes... y... ¡Dios sabe que allí figuraba también algún instrumento que no puede adornar el frontispicio de las casas!

De repente se oía el estampido de un cañonazo: era la señal para que estallara la locura del rebaño humano. La lucha se hacía formidable: el boletín de los pilluelos anunciaba los triunfos y las derrotas, y cuando ya el cansancio empezaba a arribar cuerpos muy golpeados, se veía cruzar la calle a medio batallón de línea con sus

Jefes y oficiales y una bomba de incendio con su larga y poderosa manguera. No eran más caras; eran soldados de ley que formaban la reserva de un vencido, o que iban a desalojar a los defensores heroicos de un cantón guarnecido por cincuenta familias del barrio; a mostrar la gallardía del soldado argentino, a librar una batalla carnavalesca, a romperse la crisma, a hacerse saltar los ojos con el huevo proyectil, a mojarse, a matarse quizá, porque en el calor de la lucha, cuando la mano no encontraba agua en el balde, arrojaba el balde y hasta las tejas del mismo tejado sobre los enemigos. Generales de nuestro tiempo que se inclinan ya bajo el peso de las condecoraciones recibidas, darán fe de nuestro recuerdo.

Y había una dama de por medio; siempre la dama! la de los pensamientos belicosos del Bayardo; pero ella, la pobre y valerosa, tenía que luchar para ser digna del heroico guerrero, dar y recibir, sin cuartel... y no estaba nunca libre de perder la hermosa luz de uno de sus ojos en la refriega y merecer después que los alegres monaguillos la llamaran Casti-mira, en los días santos de la Cuaresma.

¡Y esto es lo que suelen admirar a través del tiempo los buenos viejos que se conservan con relativa integridad, para ser testigos de la hermosa transformación social!

Sucediose un período de calma. La sociedad se había limpiado un poco y sufrido mucho educándose en el camino. Los elementos sociales del "otro lado" empezaron a operar un cambio visible. Las costumbres adquirieron diversidad: algunas cayeron heridas por la vergüenza, condenadas para siempre.

Multiplicada la población, dibújense también niveles y desniveles y las locas expansiones populares encuentran ya serios obstáculos.

Se organizan las mascaradas y aparece el negro para dar la nota carnavalesca: el negro con sus costumbres de candombe y sus ruidos atronadores, sus cantos guturales y sus bailes de caderas dislocadas con refregamientos lascivos e impudicos. Y en negros se transforman casi todos los blancos y muchos negros empingorotados que hoy se han blanqueado un poco con los aceites: "Negros del Bengala", "Negros del Congo", "Negros Lambos", "Negros de Angola", "Negros del Senegal" y todos los negros y sus derivados del planeta. Puenos doc

tores de la más flamante aristocracia fin de siglo, lamentan, hoy, de aquellos buenos tiempos, sólo la hermosa dentadura que exhibían al grito servil de "adiós mi amito" y negras y huiries fueron también muchas de las graves mámas del día, las que entonces se estibaban en carros de cola y salían a macerarse las duras carnes de la juventud, con los baques del vehículo sobre los cantos rodados que servían de empedrado a nuestras calles, y a saludar, como cotorras enjauladas, a conocidos y desconocidos, con un abominable "adiós che".

¡Qué naturalezas vigorosas aquellas! Toda la gracia y la espiritualidad estaba en los nervios, en la resistencia y cuando estallaba lo hacía con el menguado grito de "adiós mascarita".

Y en medio de este cuadro, como una válvula de atarismos, como una despedida a tiempos de vergüenza, toda la sal de saladero del tipo interme diario, orgulloso de su criollismo que apabullaba felpas, blanqueaba con harina a médicos y príncipes, y mortificaba, groseramente, a las huiries; que arrojaba baldes de agua; todavía! sobre

Las máscaras, y se reía de sus gracias, concebida en el dolor del agredido, en la ira legítima, en la protesta energética, en el insulto mismo que provocaba tanta torpeza.

¿Quién se aventuraba por esas calles de Buenos Aires, sin exponerse a ver trocada su alegría en amargura y en ira?

Las costumbres no cambian con decretos, hemos dicho, y se nos ocurre que el léxico de los callejeros es, aún, entre nosotros, abominable y su humour, el más agresivo.

Del compadrito que es el tipo intermedio, encuentra, siempre, como galantería, para su armada, un símil con el cadenero de su chata o con las bestias inferiores que lo acompañan. Del tipo de barriada, de buena presencia, que suele ser el que llena los portales de las grandes casas comerciales del centro, proclama, descaradamente, ante una bella que lo impresiona, todas las gracias que se revelan o dibujan bajo las telas, para acompañar su garbazo insolente e impudico... "¡Qué hermosa! ¡Qué lindas!"... mientras que el hombre de elevación social, suele clavar los ojos sobre la mujer víctima, persiguiéndola, en silencio, con

una crueldad insoportable.

La inspiración feliz, la palabra amable y atrayente, el concepto gracioso y bello, el elogio espontáneo y culto que llega al corazón sin herir los sentidos, ni lastimar las delicadas susceptibilidades femeninas.... no existió en las calles de Buenos Aires.

Para cerrar este período, la lucha continuada, en los suburbios, por arrojar un hombre o una mujer a la tina, mientras los negros se despedían, en las calles, con los ruidos atónados de sus chinescos.

Cuando se recuerda algo bueno de los tiempos que pasaron, se habla de la máscara de nuestros primeros centros sociales, de aquella que nació hace veinticinco años y que bajo la seda de un artificio, seducía con las gentilezas de su espíritu, con las intrigas delicadas de historias pasadas, con la revelación de secretos inofensivos. Hizo su aparición, conservó su misterio y dejó, en los corazones, esperanzas y consuelos. Su gracia está viva e ilumina los salones para realzar la bellezas de las mujeres. Esta creación de la alegría mesurada y culta no corrió,

52

nunca, sobre las aceras, ni arrastró a las turbas de pilluelos y de boquiabiertas que están siempre prontas a endiosar las groserías. Talla dió la nota de sana alegría, y su acción recordada en todas las conversaciones, con las agudezas de su espíritu, empezó a marchar un rumbo en las costumbres carnavalescas.

El elemento extranjero, más tarde, cada miembro con su átomo de cultura, estimulado por la algazara, se mezcló, decididamente, en las fiestas populares: los italianos dieron la nota, primero, con el traje guerrero para dar lugar después a los de echini y con ellos hizo su aparición la música, llevándose a la gente liviana con el prum... brum, de los trombones. Detrás de la comparsa ya organizada, detrás del populacho que las seguía, iban los dos gauchos tradicionales, en sus fletes bendomingados, con la guitarra de los tristes y vidalitas, adornada de cintas que llevaban, todavía, el perfume de las negras y abundosas trenzas de la prenda conquistada.

¡El máscara criollo había sido desaloja-

do! él mismo lo comprendió bajándose a la calzada a buscar el nuevo disfraz. Entonces surgió un enjambre de Tra-papas, de ursos y dulcamaras y de tipos de bajas industrias callejeras.

Fue el último esfuerzo que hizo el criollo de las multitudes por llevar, tras su paso, encadenadas la gracia y la locura.

Pero el máscara aislado y solo, ha comprendido la carga del ridículo que lleva a cuestas. Las gentes piden ya más que un sencillo disfraz; piden espíritu bajo la máscara. Las comparsas organizadas con su hermoso desfile de trajes antiguos y vistosos y su conjunto musical, se han conquistado las simpatías populares y el turbio carnavalesco ha formado su cauce.

Siguen los españoles, a los italianos, y a aquellos los franceses y en definitiva los argentinos y ya no se concibe carnaval sin flores, sin perfumes, sin comparsas, sin músicas. Multiplicanse las sociedades corales y musicales: empiezan con propósitos carnavalescos, terminan por ser sociedades permanentes de sano entretenimiento, de mutuo

socorro, centros donde da sus primeros aleteos el arte nacional, núcleos poderosos, mañana, por la solidaridad que establecen y fomentan, por la influencia benéfica y civilizadora que desarrollan entre el vulgo.

La conciencia popular ha sentido la buena influencia y ha pesado las dificultades que se oponen al paso de un máscara. No se viste un disfraz para ostentar, sin rubores, la tontera que desborda en el alma y que forma un tejido de una vida: se necesita una pasión y al servicio de esa pasión, un ingenio, una inspiración graciosa y fácil y unos labios acostumbrados a modular, dulcemente, amarguras sin obscenidades, energías sin gritos destemplados.

Con el camino de las transformaciones la alegría popular se ha aliado con la música y las flores. Mañana, el espíritu nuevo, al investigar los tiempos que pasaron con los máscaras que sobreviven, solo encontrará los diablillos rojos que, todavía, circulan, por las calles dando bofates a los perros desamparados, para quienes la fiesta carnavalesca es un martirio, porque corren sin rumbo, espantados por el ruido, sin comprender las locuras imponderables del año. J. M. Coira Quirore.

Pro
b.
Los
Ynd

Provincia de C. Potos.
C. del Uruguay.
Escuela Nacional N.º 63.
Intendencia S. de Benicoronga.
Directora.

Las serenatas.

24

Las serenatas eran a manera de certámenes públicos organizados de noche y en plena calle, por los vecinos alegres, y más frecuentemente, por los novios durante la época colonial, al pie de un balcón, donde una o varias damas escuchaban alabanzas o la poética narración de penas causadas por sus desvíos.

Los jóvenes que ponían en juego estos recursos se parecían a los trovadores y juglares de la edad media, y el premio, lo mismo que en los consistorios del "Gay saber," solía ser, una flor natural, así fuese el amador poeta o simple juglar de boca, es decir, que el mismo hubiese sido el autor de sus trovas, o las declamase por haberlas mandado hacer a la medida de su deseo.

Estos distingos de autor o repetidor, no quitaban el sueño a las bellas, pues bastaba ver al pretendiente dirigiendo el grupo, para que la sorpresa y la grata vanidad de las alabanzas, les acelerara el ritmo cordial. Allora se las entendía, después, a la vuelta de la esquina, el director del corrillo de instrumentistas, cuan-

do éstos, terminada la fiesta, como los jugla-
res que cantaban las hazanas del Cid, se
declamaban, y no al oído: "Dadnos del vino, si non
tenedes dineros", pues que los negros, mulla-
tos y mestizos músicos de arpa, guitarra,
flauta y tamboril, no trabajaban por
amor al arte, sino por dineros o pan
y vino.

Los trovadores, si llegaron, alguna
vez, a escalar ventanas, en buen nú-
mero de ocasiones, acaso sintieron
el amargo dolor de los palos apli-
cados, con manos seguras, por padres
o hermanos irritados. No fue extra-
ño, tampoco, que amadores despe-
chados, armaran un zipizape de
¡Dios es Cristo! embarullando un barrio
entero, o que las damas celebradas
si abrían la ventana, fuera para
arrojarles lo que los trovadores
no buscaban; pero, en todos estos
casos, notábase el sello de la excepción.

El director de una pandilla, como
hombre prevenido, llevaba, siempre,
entre la gente de instrumento sono-
ro, algún servidor bravo, capaz de

hacer pie y desbandar, a los agresores, navaja en mano, o cuando menos, resguardarle las espaldas si después de los rasgueros anunciadores y de dar su nombre o señas personales, salía quien o quienes, con un derecho de familia, no estaban dispuestos a oír la continuación del canto. Generalmente, los versos que obtenían más prestigio, en la península cruzaban el mar, y aunque no fuesen de serenatas, los amadores los lanzaban al viento sin preocuparse mucho. Así, letrillas y versos jocosos, algunos de color subido de Iglesias de la Casa, se cantaron en Buenos Aires en el siglo XVIII, como la Palomita, por ejemplo:

Una paloma blanca
Como la nieve
Me ha picado en el alma
Mucho me duele.

Dulce paloma,
¿Cómo pretendes
Herir el alma
De quién te quiere?...

No escaseaban los ingenios en la tierra,

ni se hallaba amortiguado el espíritu alegre y fecundo de la raza; pero como en todos los tiempos, los hombres de mayor ingenio eran siempre los que menos dineros tenían. Del poeta Sabarden, que floreció a fines del siglo XVIII, tuvo que buscarse la magordomía de una iglesia en construcción de la Colonia para vivir. ¡Cuántos ingenios igualmente brillantes, no se habrán perdido, oprimidos por la obscuridad abrumadora de aquellas épocas!

Sucedía también que el amador, sin voz, para ganarse el cariño de una bella, buscaba, en las trastiendas, algún tenor al que aleccionaba. Entonces, con el propósito de evitar confusiones, el director se ponía cerca de los faroles para ser distinguido. Cuando el estado de los pantalones impedía las serenatas, a pie, se hacían a caballo, lo que no era raro, ni en tiempo seco, pues en aquellas épocas y hasta muy adelantado el siglo XIX, no había casa de familia que no tuviese, en los fondos, uno o dos caballos de silla. ¡Qué extraño sería esto, cuando se pescaba a caballo, y los acompañantes de un entierro, sin excluir los deudos,

iban a caballo?

La costumbre de las serenatas no se ha perdido en toda la República. En muchas ciudades y pueblos del interior, continúan los amantes fieles a la simpática y secular costumbre.

J. M. Loizaguirre.

Provincia de C. Riós -
C. del Uruguay
Escuela Nacional N.º 63
Andalucía S. de Bominenga
Directora

Así disertó el cuyano!
(Aneédotia).

27

El Padre Justo de Santa María de Oro, que con D. Narciso de Laprida representó a la provincia de San Juan en el Congreso que declaró la independencia argentina, era de una postura tan modesta y de tan humilde expresión, que nadie, sin conocerle muy a fondo, hubiera reconocido, en él, al profesor de sólida ciencia y al orador de honda inspiración y alto vuelo.

Terminados los estudios de latinitad y de teología, que hizo en el convento de su ciudad natal, pasó a Chile para terminar su carrera, recibiendo las órdenes sagradas a los 21 años por dispensa del papa Pío VI, pasando luego al Convento de la Recoleta Dominicana.

Tratabase, cierta vez, de proveer una cátedra vacante y había empeño en proteger a un religioso tan escaso de talento como abundante en padrinos, influencias y protecciones.

Los directores de la comunidad para conseguir que el recomendado triunfara fácilmente, y consiguiera la anhelada cátedra, maniobraron de tal modo que consiguiron alejar del concurso a los frailes de reconocida capacidad a la vez que estimularon la concurrencia de los notoriamente

ineptos o faltos de luces.

Estaban preparando las listas de candidatos, eliminando a unos e incluyendo a otros, cuando uno de los reverendos, que confundía la timidez de Fray Justo con el azoramiento del que se reconoce nulo y falto de conocimientos, exclamó:

- ¿Pero, ¿y el cuzano, donde lo dejamos?
- Nos cierto dijo el prior, con burlona sonrisa
- nos olvidábamos de uno que no puede faltar.

¿Quién sabe! - repuso otro de los presentes. - Temo que Fray Justo nos dé una sorpresa.

- ¡Del, el religioso de menos palabras de la comunidad! ¡Del, darnos una sorpresa! ¡Beh!

El cuento llegó a oídos del fraile sanjuanino, quien tanto como humilde y tímido, era digno y pundonoroso y que sintiendo en el alma, el infundado menosprecio, propúsose darle aguda y cumplida contestación.

Cuando en el certamen llególe el turno de hablar, lo hizo con tanta elegancia, precisión y acierto y adujo tantos y tan juiciosos razonamientos, que no solo pulverizó los argumentos de los concursantes que le habían pre-

cedido, sino que refutó, también, cumplidamente, y en un todo, varios de los conceptos y proposiciones vertidas por los examinadores, quienes, llenos de asombro y confusión, seguían la brillante y metódica argumentación de fray Justo.

Quando, ya asegurada la victoria, descendió de la tribuna, vuelta a su rostro la expresión de humilde timidez que le era habitual, retribuyó los forzados elogios que sus jueces le enviaban dirigiéndoles a guisa de reproche, con firmeza, pero sin jactancia, las siguientes palabras:

— Así, reverendos Padres, así disertan y luchan los cuzanos.

J. M. Aubin.

Provincia de L. Ríos.
Escuela Nacional N.º 63.
Andalucía S. de Bencivenga.
Dirección

Toque de oración. (Anécdota)

29

Era una piadosa costumbre, en Buenos Aires y en todo el Virreinato, que los vecinos, al oír el toque de oración, se arrodillaran dondequiera que se hallasen, en aquel momento, ya fuese en una sala de visita o paseando en las aceras o en las plazas y después de santiguarse, rezaran salves y avemarias. La hermosa hora crepuscular en que se extingue el drama de la luz, dábele a la escena una solemnidad extraña.

Esta costumbre colonial tenía sus antecedentes en las ciudades, en las aldeas y en los prados de la península. Era la hora del Angelus Domini en que el mensajero divino anunció a María, madre de Jesús, el misterio de la encarnación.

Los hijos menores, después de rezar las oraciones, iban a recibir la bendición de la madre y lo mismo hacía la servidumbre familiar. En Buenos Aires, empezó a perderse la costumbre durante los últimos años del siglo XVIII, pero en casi todas las provincias de tierra adentro, las prácticas piadosas persistieron hasta muy avanzado el siglo XIX. Hoy, los vecinos no hacen manifestaciones públicas al oír el toque de ora-

ciones, ni aquí ni en las provincias; pero en el interior de los hogares cristianos, las familias rezan las clásicas plegarias y las madres distribuyen sus bendiciones como en los tiempos pasados.

En la época colonial, este toque de campanas y el de queda, eran los más respetados; el primero, por su significado religioso y el segundo, porque abarcaba una reglamentación disciplinaria de la vida civil.

Generalmente, el toque de queda, que era el toque de silencio, quietud, descanso o el clásico "cubre fuegos" de las plazas cerradas, sonaba a las nueve de la noche. Los vecinos cerraban las puertas y nadie salía, sin previo permiso, a las calles, a no ser aquellos que aceptaban, con todas sus consecuencias, las aventuras nocturnas.

Los alcaldes y demás autoridades urbanas eran muy celosos en la observancia de la ley de silencio; pues no era otra cosa que orden el toque en cuestión; y eran celosos porque se evitaban así las encerradas que les daban los bandos enemigos y prevenían los tumultos que a menudo provocaban las serenatas, los golpes insinuados a las puertas, los gritos insultantes y mil otras manifestaciones de gente alegre o de mala voluntad. En la actualidad, el toque de silencio solo es observado en los conventos y en los cuarteles. J. M. Teixaguirre.

Provincia
C. del
Cerrito
And

Provincia de C. Rios.
C. del Uruguay
Escuela Nacional N° 63.
Andalucía P. de Bencivenga
Dire. J. J. J.

De visita: con esclavo
y farol.

30

"Los que viven, hoy, en Buenos-Aires, escribía en 1868 Dⁿ Juan Maria Gutierrez - y transitan por sus cómodas veredas, no se imagina como eran sus calles en el siglo p. p. A mediados de él, en 1757, y a consecuencia de una lluvia continuada de treinta y cinco días, quedó el vecindario confinado en las casas, alimentándose con viandas secas, como en una plaza sitiada, porque la completa incomunicación con la campaña y con las quintas, no permitía el abasto de legumbres y carnes frescas. Formáronse tales pantanos y tan profundas hondonadas, que fue necesario poner sentinelas en una de las madras de la calle de las Torres (Rivadavia), de las más cercanas de la plaza principal, para evitar que se hundieran y se ahogasen los transeuntes, principalmente, los de a caballo. Esto debió ser todavía el estado de nuestras vías urbanas, cuando por medio del Intendente, Dⁿ Francisco de Paula Larra, se propuso el Virrey, "limpiar esta ciudad de las inmundicias e incomodidades, en que

la habían tenido constituida, hasta entonces, el abandono y ninguna policía de sus calles, para que se respire un aire más puro, y se remuevan de un todo las causas que casi anualmente, hacen padecer varias epidemias que destruyen y aniquilan parte de su vecindario.....

El Virrey Vertiz, nombrado en 1777, tomó el gobierno del Virreinato, en Agosto de 1778 y desde entonces se inició una verdadera época de progreso, la primera en la vida ya secular de Buenos Aires. El trazado urbano de Garay había sido respetado; pero el trabajo administrativo de urbanización, era, en absoluto, desconocido.

La población había crecido; siguiendo, también una natural proporción el número de casas en cuya edificación la municipalidad intervenía sólo para marcarles la línea, en las calles. Sobre construcción de aceras, sino enlosadas, simplemente, marcadas, no existía ninguna disposición. En las bocacalles a manera de defensa, los propietarios plantaban, generalmente, dos postes de madera dura, dejando así el tráfico de la proximidad

de los muros, lo cual no era imprudente ni inútil, pues muchas veces para evitar los fantanos del centro de las calzadas, los carros lastimaban con sus ejes y ruedas, las paredes y ventanas de las casas.

Pero la misma capital de la monarquía en la península, no gozaba de mayores comodidades, con su servicio bisemanal de acarreo de basuras, acumuladas frente a los portales de las casas. Sus calles empedradas y sus aceras enlosadas, eran también escasas en número.

Si hacemos excepción del barrio central de Buenos Aires, que comprendía la parroquia de San Ignacio y los conventos del San Francisco y Santo Domingo, donde, por iniciativa de los vecinos, existían pasos de piedra en cada bocacalle, en todos los demás puntos urbanos, salir de noche equivalía a realizar una aventura peligrosa. No se trataba, solamente de la seguridad personal, por falta de policía y abundancia de gente de mala vida, sino también por el estado deplorable de las calles.

¡Y ya se ha visto que en algún momen-

to, fué necesario colocar centinelas para que no se hundieran en los pantanos los transeuntes!

Entonces, cuando algún vecino se encontraba en la obligación de salir, aunque no fuese de posición desahogada, comerciante o funcionario, cargaba armas y llevaba un farol de mano.

Las dificultades eran menores cuando no había llovido: secos los baches, la silenciosa y oscura ciudad se animaba.

Las familias organizaban tertulias a las que concurrían numerosas niñas, las "estrellas" de la belleza colonial y de los barrios. Al retirarse, cuando más tarde, a las diez de la noche, las velas de sebo del alumbrado escaso, encendidas al anochecer, se habían extinguido y los interesantes grupos se hacían guiar por esclavos y sirvientes, quienes con chuzo y farol, iban señalando a las niñas el camino bueno y sacando los obstáculos, si alguno encontraban.

Con las niñas iban también los caballeros de la tertulia, que se repartían la misión, grato siempre, de acompañarlas.

En los malos pasos, de acuerdo con la etiqueta de la época, severa en sus formalismos, franca, espontánea y amable en su esencia, los caballeros no daban el brazo ni la mano: se colocaban en terreno seguro para evitar el mal trance, y ofrecían el antebrazo en el que las niñas apoyaban su mano.

Llevar un esclavo o sirviente para que llevase armas o farol, en las noches de la colonia, era ya un título de señorío; pues si muchos en sus excursiones nocturnas, preferían ser ellos mismos portadores de su farol, así como en tiempos anteriores llamaban la atención aquellos de "capa y espada", en los que anotamos no se distinguían menos los que marchaban a través de las oscuras calles, "con esclavo y farol."

Fue el Virrey Vertiz el primero que se preocupó del embellecimiento urbano y gracias a aquellas poderosas iniciativas bien encaminadas, el siglo XIX no encontró a la capital del Virreinato en una situación en extremo deplorabile. Los vecinos tranquilos de aquella lejana época, ni en sueño calculaban los progresos que realizaríamos y de los cuales, gozan hoy, los habitantes de la populosa Buenos-Aires.

J. M. Tezaguire.

Cacerías de guanacos.

(Tradicción barjuamina).

Provincia de C. Rios.
 Co. del Uruguay
 Academia Nacional de Ciencias y Letras
 Directora.

Dispuestos a dar buen destino al feriado de semana santa, unos cuantos salimos a una cacería de guanacos.

La primera noche de campañas, mientras las mulas pastaban y los perros dormían, que iban en la excursión en calidad de auxiliares, perros maravillosos para el mejor éxito de aquella excursión cinegética, nosotros nos dedicamos a recordar.

Siempre resulta grato recordar, nunca lo es tanto como en el vivac de una caravana que por la noche se asienta en estos campos. La noche, el silencio, la imaginación: he aquí tres infinitos de sugerente poder de atracción.

¡Ah, mis tiempos! decía el baquiano, un hombre que andando vecino a los sesenta parecía un centauro de leyenda.

El guanaco fue para el huarpe, primitivo poblador del valle de Tulin, lo que el caballo para nuestros paisanos: casi la mitad de su ser. La carne, la piel, la lana: artículo noble todo eso, pero era, esencialmente, animal de transporte, muy resistente a la fatiga y de una admirable seguridad en el paso a punto de que con 150 libras de carga, trepaba cuevas tan inclinadas que hoy, solo se considerarían prácticos para reptiles. Bajo la dominación

incásica, tropillas de guanacos serpeaban a lo largo de la cordillera, conduciendo minerales con destino al Cuzco, y es así como llegó a acumularse aquella fabulosa riqueza que un día deslumbró a los conquistadores hispanos.

Con la introducción del caballo, la mula y el burro, quedó desplazado el guanaco. Este, de animal domesticado que había sido, tornó a la vida salvaje, viéndose cada vez más perseguido por el hombre. Vino de este modo la cacería del guanaco, provocada por la necesidad, primero, y que a la fecha se practica solo como deporte. Propias del romance, antaño se organizaban expediciones hasta de quinientos individuos que ponían en práctica todo un plan de campaña. A una cantidad de varillas de poco más de un metro de altura, fijadas a modo de estacas a distancias convenientes, adherían largos hilos de los que pendían, como de un balambardo, infinidad de tiras de trapos de colores movidas por la acción del viento. Así cercaban una considerable extensión de campo, formando un corral. Conseguida, arrebaban los guanacos obligándolos a acorralarse, para tenerlos a tiro de flechas o de bolas. En esta operación no se ocupaba jamás, que era el fierro de la región, por que el guana-

co, que lo considera su peor enemigo, huye de él llevándose por delante cuanto encuentra al paso, incluso el hilo que lo aprisiona. Acaso la persecución se llevó por entonces hasta los límites del extermínio.

Para ponerse a cubierto de aquellas grandes ofensivas, los guanacos contaban con un cierto sistema de policía, a la manera de los castores. Un guanaco macho hacía la guardia sobre algún risco o sobre alguna eminencia de la cañada, mientras la manada pacía o descansaba, y no bien advertía la posibilidad de un peligro, daba la señal con un relincho que hendiendo los aires a modo de risas, iban a perderse por las hondoradas y los albardones.

Únicamente el ojo averado del indio era capaz de divisar, desde lejos, la silueta del guanaco vigilante, el sultán de la montaña, casi confundido con el tono gris del terreno.

Todo esto lo sabía nuestro baquiano por referencia de sus mayores; pero él recordaba escenas en las que había sido actor allá en sus mocedades, y no iba a ser yo quien lo relevaría de la obligación de referirlos.

Famosas eran también esas expediciones de hace cincuenta años. Concertadas con bastante anterioridad para entradas de invierno, su realización constituía el acontecimiento de la comarca. Tal día anterior

al de la partida caían los expedicionarios al punto de reunión; y aquello era una fiesta a todo cantar y beber, en que las criollazas despedían a sus maridos, hermanos, novios, y en que todos los augurios eran por una buena caza. Antes que despuntase el alba, la caravana se ponía en marcha. Franca degría reinaba durante la primera jornada, la jornada como mandada hacer para desentumecer a los jinetes y en que las cabalgaduras empezaban a calentarse las tabas. Por este tenor iba el diálogo:—

— Chananpa, ese señorón que parece formar un solo cuerpo con el raimo que monta, el que ahora manda la parada, tiene más de cincuenta años en el oficio... Para los guanacos tiene más oído que una mula y más olfato que un galgo... Y con el cuero de los guanacos que ha cazado podría entapizar más de medio campo suyo.

— Aquel negro chinudo, de ojos como dos cuatros bolivianos, está saliendo un guanaguero de toda ley. Hoy que verlo por esos cerros, vestido de plumas y en cuatro patas, siguiendo a un guanaco hasta amansarlo y agarrarlo con la mano. Pero hay que dejarlo dormir, porque cuando se acuesta, entre las pilchas de su resaca, si es de noche no lo despierta ni un conno que le pase por encima, si bien nunca lo ha pillado el Sol de otra manera que en pie.

Este otro, Santa, es guanaguero de San Guillermo que es como decir minero de Potosí. Ahí va robando un cogote, para hacer unas polainas, unas cabezadas o una tabaquera. Es que él sabe estimar el cuero de guanaco, así como el pelo, que es más resistente que el de lana de alpaca y come la carne que es sabrosísima al asador o al charque y con razón afirma que quien no ha comido charque de guanaco no sabe lo que es bueno.

Y luego las mil incidencias que tiene todo esto: la historia de los perros, cada uno tiene la suya y bien interesante, como que podría constituir un capítulo del folklore andino. Las reminiscencias traídas por turno alrededor del churrasco que chibria y de la pava que canturrea, reminiscencias de aventuras y peripecias de viajes, muchas veces trágicas, siempre pintorescas; el recuento de las reses, después de cada día fructífero, y así tantas y tantas cosas que llenaban el programa de la excursión.

Nuestra cacería se hizo a la de Dios que es grande, suplantando los viejos procedimientos con buenas armas y abundante munición de fogano. Imposible contener en pocas líneas las ciento y una ocurrencias de la jornada y que en aquellas noches diáfanas constituye

con la materia de nuestro regocijo. Pláceme, sin embargo, recordar el episodio saliente de nuestra correría.

Hacia el anochecer de uno de aquellos días, al tranco del caballo, iba por la ladera del cerro a reunirme con mis compañeros, en el corro habitual. De pronto mi caballo puso erectas las orejas, miró fijamente hacia un punto y dió una tendida que por poco me tira a tierra. ¿Qué peligro había allí? Pues, señores, un puma parecía acechar desde unas zarzas y miraba con unos ojos que parecían los faros de un automóvil, andando en plena noche. ¡El león americano! Yo sabía que la cosa no era para tanto, y que el gran carnívoro, invidioso para el hombre, es sólo un jugueteón cruel con las ovejas y corderos, de los que mata docenas en una noche. Preparé mi winchester dispuesto a hacer una hazaña; pero mi caballo no me dejó apuntar: respetaba el título de león y no hubo caso. Cuando a los pocos metros pude dominar la brida miré a la fiera y advertí que ésta marchaba en rumbo opuesto, Rosserett frente al Acocagua!

Ya a punto de regresar, se hizo la distribución de las reses por partes iguales, con lo que yo me

sagué la mejor parte; la mejor parte, en ver-
dad, dado que en las acometidas mis papas,
se contaban por cientos y mis impactos no lle-
gaban a la docena del fraile.

Siempre recuerdo a Franklin Varela...
¡Qué puntería la del doctor! Tora sabido que
a los guanacos no les pegaba sino en la ca-
beza a fin de recoger el plomo y, fundido, utilizar-
lo nuevamente.

Lo propuse, allí, sobre el mismo campo de
la acción, que la primera res fuese para los perros.
— Para hacer el debido honor a la tradición,
Juan Romulo Fernandez.

Provincia de L. Riv.
C. del Uruguay.
Escuela Nacional N.º 63.
Indalecia F. de Benavente.
Directora.

— 1 —

37

sargento Molina.
(Tradición puntana).

Nadie ignora que la cruzada libertadora del general Lavalle produjo un estallido en toda la extensión de la República y en todas partes los buenos argentinos respondieron con movimientos armados, para derrocar, en las provincias al-
gún seide del Tirano.

En San Luis, el 11 de Noviembre de 1840, don Rufino Videla, promovió la revolución a don Romualdo Arca y Maddes, delegado del Gobernador José Gregorio Calderón, — sumiso Teniente don Juan Manuel de Roxas.

El fraile Aldao, gobernador de Mendoza, corre en auxilio de los depuestos y el encuentro de los ejércitos tiene lugar en la acción de las Quijadas el 2 de Enero de 1841.

Sucedió lo que debía suceder, ejércitos regulares contra milicianos sin armas aunque le sobrase entusiasmo y valor, tenían estos que ser vencidos y los fueron.

El noble esfuerzo fracasó y los derrotados para salvar siquiera su vida, tomaron rumbo a Chile o al Desierto.

Entre los que fueron a las Cordilleras, estaban los hermanos Francisco, Juan y Felipe Saá, generales, más tarde, los dos últimos, el después coronel Baigorria (de los cuales en otra ocasión

hemos hablado extensamente) y el sargento Carmen Molina.

Haste último de quien vamos a ocuparnos, ahora, era un fornido mocetón, ágil, hábil jinete y con fama de guapo, por así haberlo confirmado en el reciente combate en que peleó con entusiasmo, pericia y valor - y por cuyo motivo podía llevar con legítimo orgullo el grado de sargento: se había batido, según sus compañeros, con tanta bizarría y serenidad - que, habriase dicho que para él, ese entrevoro de la muerte era como una fiesta - tal si se hubiese asistido al aparte de una hierba.

Arrancado había sido Molina de su hogar - arrancado no, porque los que se enrolaban en las filas de la Cruzada Libertadora, eran voluntarios - mejor diríamos arrancado por el vértigo de ideal en contra de la tiranía que ensanguentaba al país.

Allí iban como dijera Andrade: "... Donde más fuerte la tormenta ruga..."

Se había incorporado, pues, dejando, en San Luis, a su pobre china, abandonada y sin pan.

Puesto su pecho, después de la derrota, entre el

puñal de la mazorca y la lanza del salvaje - entre la crueldad del indio y la de una civilización barbarizada, - prefirió las hordas, arrojándose hacia las soledades de la Pampa, quizá para no volver más!... Por lo menos así lo pensaba su mujercita, la infeliz Manuela, allí en sus largas horas de insomnio; así - en soliloquios de angustia, lo articulaba en entrecortados sollozos.

Pero el amor del gaucho argentino, que es muy noble y muy heroico, no está, en pasiones de esta clase, por debajo de ninguna de las que pudieran desencadenarse en un alma modelada al contacto de la más refinada cultura social.

Del sargento Martina, un día cruzó los médanos del Desierto - y a la hora en que las sombras envolvían en crepúsculos y en silencio los suburbios de nuestra ciudad, - golpeaba, suavemente, con el cabo del talero, la puerta de su rancho querido...

- Soy yo, Manuela, ábreme...

- ¿Te has venido? Hasta hoy no hay indulto para nadie. A los que toman los fusiles, Carmen, (díjole - con suprema angustia, apretándole las manos). Les mejor que nos vamos... sí, que huyamos cuanto antes.

- ¿Pero adónde, Manuela? Ya sabes que solo en los

toldos, para los unitarios, hay sitio, hay sitio
- ¡Sí, sí! ¡A los toldos voy contigo!

Y cuando las primeras claridades del alba bañaban de luz los campos, el sargento Molina atravesaba los bosques del Sur con dirección al cerro La Relá, llevando a su mujer en ancas. Allí, muy lejos, tenía un caballo preparado para ella, para cruzar la travesía solitaria.

Los indios ranquelinos mandados por el cacique Copumer y Paigorria, invadían entonces muy a menudo nuestras fronteras; pero los puntanos empujados se oponían a ello, les repugnaba y preferían robarle a Roxas, y a Lopez de Santa Fe, que al fin eran señores dueños de vidas y haciendas. Esta negativa, sin explicación para los indios en su bajeza moral, hacía surgir una sospecha que iba creciendo de día en día.

En nuestro folleto Lanza Seca dijimos ya a que obedeció la retirada de los cristianos de las Calderas. Una noche Juan Paá y los suyos tras de seis años de supremos sufrimientos, furtivamente dejaron su campamento abandonado.

Del sargento Molina era quien había traído varias cartas a las autoridades de San Luis, el que

había preparado la fuga, quien había robado los mejores trapos a los casiques y hasta los caballos de estima de Baigorria.

Medina fue el último en escaparse, con su mujer y sus tres hijos, nacidos en Tierra Adentro.

Como su fuga fue precipitada no pudo seguir la marcha de la columna, y, para no ser alcanzado (persuadido de que los indios vendrían tras de la rastrellada), creyó prudente separarse de la ruta y buscar la costa del río Salado.

¿Cómo hacer jornadas, a trote y galope, en terrenos guadalosos bajo un Sol abrasador, trayendo sus tres hijitos? (Uno por delante, otro en ancas, y el tercero, de pecho; lo traía Manuela en los brazos).

Había, pues, que buscar los senderos que viboran en los bosques más espesos.

Baigorria guardaba a Medina un profundo rencor. El había robado las caballadas, traído cartas para el gobernador Pablo Lucero, el debería traer, también, muchos secretos del aduar del vaje.

Hoy que alcanzar a Medina, había dicho Baigorria, a sus capitanejos porque es un gaucho muy picaro; tiene que ir rezagado... y como sé que no ha de rendirse,

me traen la mujer y los cuartos del bandi-
do.

Liguíose el rastro durante tres jornadas, hasta que se vio que, en busca de agua, se aproximaba hacia el río Salado. Las huellas eran frescas y no debería llevar sino algunas horas de delantera: si él huía, a lo menos se le capturaría la familia...

Mientras la partida olfateaba las pisadas al infeliz cristiano, presentábase un acontecimiento inesperado, que les ahorará la persecución, que les evitará volver con el fardo de mutilados miembros, pues ya hay quien dará cuenta de él.

Se detienen de repente, mirando al suelo.
¿que sucede?

Sobre el rastro de los caballos de Moolina, van las pisadas de un tigre formidable.

Es un tigre cebado, indudablemente, pues se nota que trota, se detiene, gira después husmeando, y continúa en seguida con sus largos pasos de felino.

— Sí, dicen todos — es el tigre cebado que ya lo lleva muy cerca... aquí va dando saltos, y es to lo hace cuando ya ha divisado la presa.

— Ya nahuel habrá alcanzau. Gloteando huincá

tchekará (tigre comiendo cristiano perro) dijo uno de los indios.

Entonces no hay para que seguir: el tigre habrá dado cuenta del cristiano traído.

Se volvieron de allí: quizá pensaron que se ahorzaban algunas cuchilladas del veterano sargento.

Llevaron, pues, el parte a Baigorria, de que Molina y los suyos habían sido devorados por el tigre.

¿Qué ocurría entretanto?; con realidad éste le había dado alcance y devorado, como era la consecuencia natural?

.....
Cuando Manuela oyó, como a cinco suabras, el bramido de la fieras, dijo:

- ¿Estamos perdidos Carmen; ¡es el tigre!

- Sí, ya he oído también; pero no tengas miedo, mi hijita: creo que tenemos tiempo de llegar a aquel calden: llevo todavía un tiro en el trabuco.
Galopó un poco.

Manuela llevaba su hijo más pequeño sobre la cabecera del resado, sosteniéndolo con el brazo izquierdo.

Llegan al árbol y se desmontan rápidamente.
- ¡Subite arriba del monte (árbol salvaje) yo te alcanzaré los niños... y ahora voy a retirar un

poco los caballos... tengo tiempo... el tigre debe estar a más de cuatro cuadras, según vijo los bramidos. Y fue a un renewal prósimo, ocultó las cabalgaduras y volvió corriendo al pie del calden.

Manuela, desde arriba, divisaba al tigre a menos de una cuadra de distancia, que venia trocando y rugiendo.

- Subí, subí pronto, Carmen, que ya viene cerquita - dijo la mujer toda temblorosa...

- Si no voy a subir, mujer; aquí lo voy a pelear, de a pie'...

- Subí, Carmen, por María Santísima... de aquí arriba, podés tirarle lo mismo...

- ¡No ves que si le yerro irá a corriernos los caballos y nos dejará de a pie'. Yo necesito matarle aunque sea a facón.

- Entonces yo también me bajaré; puedo pegarle un garrotazo siquiera...

- No, no quiero, - respondióle el sargento Molina con energía - porque sabía que Manuela era capaz de descender del árbol. Si en el salto me embrona

- añadió - nos hemos de trenzar... y entonces, vivo no ha de quedar... y vos te escapás... seguí el rumbo de aquel cerro azuleito que se vé: es el Varela...

Y Molina se quedó al pie del anoso tronco;

con el brazo izquierdo envuelto en su poncho, su puñal al alcance de la mano y su arma de fuego lista para disparar.

Debió ser un cuadro lleno de silencio pero épico.

El tigre llegó minutos después: largos como un año porque eran minutos de agonía para la pobre mujer y los inocentes niños.

Nuestro héroe estaba, también, en acecho, con la mirada clavada sobre los ojos de la fiera: dicen que aquel animal también tiene miedo cuando lo miran con firmeza y coraje.

Los últimos treinta metros los hizo de cuatro saltos... más en el último, un estampido turbó la soledad del desierto.

Florida aquella, dió un potente brinco, y giró derramando sangre; pero, aún, avanzó dando un estridente rugido.

¡Dígale a la maula! exclamó el sargento abandonando el trabuco y acometiendo resueltamente con su puñal.

El tigre no podía saltar ya; tiraba zarpazos sin gobierno. Tres segundos después el gaucho dargóle el poncho sobre los ojos y tras de él hundió el cuchillo en el corazón...

Rodó la fiera de los bosques... mientras que

del árbol descendían seres queridos, transformando el llanto del dolor en lágrimas de gozo.

No me imaginé un abrazo de más suprema emoción.

Dos meses después, el sargento Carmen Molina, ya en tierra de cristianos, peleaba bravamente, al lado de los capitanes Juan Saá e Isidoro Torres, contra la invasión, que los indios trajeron, en el combate de la Laguna Amarilla.

— ¡Ni los tigres, aijuna! — gritó Baigorria al reconocerle en las primeras cargas del entrefero.

— Nota — Un hijo del sargento Molina, acompañó al autor de este artículo en la revolución de 1833.

Recuerdo que al ver que me aproximaba haciendo fuego a una de las ventanas del cuartel de policía, me apartaba con cariño, diciéndome:

"No se allegue tanto, niño, déjeme a mí solo, nomás..."

¡¡Llevaba sangre de valientes en las venas!!

Nicolás Jofre.

Provincia de C. Ríos.
C. del Uruguay
Escuela Nacional N.º 3.
Indalecia S. de Benavente.
Directora.

Una boda pampa.

42

En la toltería se notaba aquella mañana un movimiento extraordinario. Los indios saliendo de su habitual indolencia, jineteaban, por mejores caballos haciéndolos caracolear gallardamente frente a la puerta de los toldos o concertaban carreras en que lucían la velocidad prodigiosa de sus "fletes"; en tanto que las chinas iban y venían muy atareadas y activas, batiendo los pisos pulgosos y encendiendo los fogones sobre los cuales no tardarían en colocar las grandes ollas destinadas al puchero extraordinario con que iban a ser obsequiados los caciques y capitanejos de una tribu vecina, cuya llegada se esperaba de un momento a otro.

La toltería estaba, pues, de gran fiesta.

De pronto, del lado del corral donde un grupo de indios se ocupaba en fienas de manzanza de yeguas y vacas, se levantó prolongado clamoreo. Era que el cacique principal, en persona, había pialado una res con un tiro de lazo soberbio, y la indiada, complacida y diplomática, exteriorizaba, a gritos, su admiración y entusiasmo por tan señalada proeza.

Tocó el turno de intervenir a Uchaimapilín. Era este un indio que gozaba de grande

y merecida reputación en la tribu por su habilidad insuperable en el manejo de las boleadoras. No se tenía noticia de que hubiera errado jamás un bolazo. La misión del indio se reducía, en aquel momento, a darle a la vaca un golpe seco de bola, en plena frente, operación que se hacía, invariablemente, antes de degollar al animal. Pero en medio de la sorpresa y estupefacción de los circunstantes, Uchaima-pilun no golpeó bien, porque la bola fue a dar cerca del morro y la vaca comenzó a mugir, dolorosamente, escurbando el suelo con las patas y moviendo la cabeza a uno y otro lado tanto como se lo permitía la tensión del lazo que, sostenido por férrreas manos la sujetaba fuertemente, de las astas.

Ante el fracaso inesperado e inaudito el indio lanzó una imprecación y retrocedió mirando temeroso y desconcertado al cacique y a los capitanejos que, a su vez, le contemplaban con una expresión mezcla de ira y de asombro.

Aquellos bárbaros no podían tolerar mansamente que se ultimara una res de esa manera, y la reputación de Uchaima-pilun, sufrió, desde aquel momento, notorio me-

noscano. De ello pareció percatarse el infeliz, porque sin decir palabra ni hacer gesto alguno, recogió sus boleadoras y se marchó a esconder su desesperación y su vergüenza en el toldo lejano, donde vivía con su padre y algunos agregados que nunca faltan en la vivienda de un indígena.

Otro indio dió el golpe de gracia y degollada la res, las chinas la desollaron, rápidamente, cortaron la carne como lo hubiera hecho el más experto carnicero y no tardaron en evidenciar sus habilidades de buenas cocineras. ¿Qué le pasaba entretanto a Mehaima-pilín, el indio arrojado y valiente, el mejor jinete, el más hábil cazador y el más astuto espía de la tribu, cuyos eficacísimos servicios justificaban plena y merecidamente el nombre con que se le distinguía, y que en lengua india quiere decir orejas largas?

¿Porqué no cuidaba con su habitual prolijidad de sus caballos y sus armas? ¿Porqué no comía ni dormía? ¿Porqué tenía el mirar triste y desesperado como el de aquella vaca desdichada que no había alcanzado a rematar? ¿Porqué, en fin, había errado aquel bolazo que lo deshonraba?

3
Es que Mehaima-pilim estaba enamorado y había puesto sus ojos y sus pensamientos nada menos que en Comangé (cara bonita) la flor del aduar grande, la china más linda, graciosa y apetecible de todas las de la tribu; pero también la más esquiva, desdenosa y cruel con sus amartelados galanes.

7
Hora hija de un rico capitanejo y sus gracias y atractivos naturales se veían realzados por su elegancia en el vestir; elegancia de toldería, es cierto, pero que positivamente llamaba la atención y destacaba a la hermosa china entre las otras muchachas de la tribu.

Una manta de paño rojo de dos varas de largo le ceñía el cuerpo por debajo de los brazos, sujeta con una especie de corsé de cuero sobado y prolijamente adornado con cuentas de vidrios, de colores y de plata, formando dibujos caprichosos. Otra manta negra del mismo género y de igual tamaño la cubría en forma de capa echada sobre los hombros, prendida en el pecho con un pincho de "plata" que tenía en un extremo un disco del tamaño de un platillo de café.

Los pies, que como las manos de esta china, eran diminutos, iban siempre descalzos.

y tenían como adorno un disco en el tobillo; en los brazos llevaba pulseras y braxabtes.

Con la cabeza no usaba Comeangé más adorno que su abundante cabellera negra, que peinaba en dos trenzas, las cuales cenía encima de la frente formando una especie de diadema.

Llevaba, finalmente, unos aros de oro, chahuaitú - grandísimos, en las orejas y cubría su cuello un collar de cuatro hileras de bolitas de plata cinceladas por artífices de la tribu, que nunca faltaban.

Él era la encantadora cuanto hurana muchacha por la que andaba bebiéndose los vientos el valeroso y desdichado Uchaima pilún; pero éste, estaba demasiado enamorado para sentirse vencido por los deseos de la bella.

Así fue que, ese mismo día, le dijo a su padre, que era, además, su amistoso confidente y consejero:

- Voy a "tomar" a Comeangé.

- Talía no quiere.

- Eso no importa.

- Es rica.

- Yo también.

- El padre se opone -

- Lo sé.

- ¿Hablaste ya a los amigos?

- Sí.

- ¿Contaste yeguas, vacas, ovejas, lanzas, cuchillos, mantas, ponchos, atados de plumas, cueros de tigre y de guanaco?

- ¡Oh, sí! Tengo mucho.

- Bueno. Esta noche, entonces.

Después del primer canto, del gallo y cuando en la toldería grande estaban todos sus habitantes entregados al sueño, se aproximó, cautelosamente, al toldo del capitanejo, un grupo compuesto de veinticinco indios armados; y aunque procuraron pasar inadvertidos fueron denunciados por los perros, que llevaron la alarma, al interior del toldo. Los hombres de éste, alerta ya, corrieron a tomar sus armas, aunque sin saber, en realidad, lo que ocurría; y ya se disponían a salir cuando vieron entrar a un hombre que sin ocuparse de ellos, para nada, se deslizó, rápidamente, hacia el sitio en que dormía la muchacha: la encontró pronto, la alzó en sus brazos robustos y a pesar de sus gritos y protestas, corrió, con ella, hacia

la puerta, mientras un grupo que habia entrado tras él, mantenía a raya a los moradores del toldo y protegía la retirada del audaz raptor.

Fuero una breve lucha, no muy sangrienta, en medio de estrepitosa, infernal gritería; y a poco se oyó el tropel de los finetes que huían.

A la cabeza del grupo iba Uchaima-pilún, llevando, atravesada sobre su caballo a la ingrata y encantadora Corneangé.

Al día siguiente, muy temprano, Uchaima-pilún se presentó en el toldo del capitanejo.

Este se encontraba sentado a la entrada rodeado de sus mujeres, hijos, parientes, amigos y allegados. Era evidente que aguardaba a su flamante yerno.

¿Con qué propósito iba Uchaima-pilún a aquel toldo? ¿A disculparse? ¿A buscar una reconciliación? Nada de eso; iba sencillamente, a pagar en especie, como se pagaba siempre entre los ~~indios~~ - a su curé (su mujer).

El capitanejo, como era rico, no se quedó corto en el precio y así fue como Uchaima-pilún, tuvo que poner en grupo, una hora más tarde, sus manadas, sus mejores ca-

ballos (ni aun el que montaba le dejó el amable suegro) sus ovejas, sus plumas, sus cueros, sus prendas de plata, sus ponchos, sus mantas y hasta sus botas de potro y la provisión de yerba, azúcar, tabaco y aguardiente, que guardaba en su toldo. Pero con todo esto, el capital no alcanzaba a igualar la "dote" de Comeangé y el enamorado tuvo que pedir en préstamo a sus parientes y amigos lo que le faltaba y que era casi otro tanto.

El pobre indio quedó esquilado, desposeído, arruinado completamente; pero la belleza y juventud de Comeangé valían todo eso, sin duda, y mucho más...

El capitanejo sonrió satisfecho viendo acrecentada en tan gran medida su ya cuantiosa fortuna; pero no invitó a su yerno a entrar al toldo, ni mucho menos dio su aprobación al acto consumado.

Ya iba a marcharse Uchaima-pilún, cuando de improvviso ¡oh sorpresa! se vio llegar a todo escape a Comeangé, jinete en uno de los mejores caballos del indio, seguida de un grupo, que parecía perseguirla y que le iba ya a los alcances.

Comeangé se apeó, saludó humildemente

a su padre, se arregló el vestido y sin mirar, siquiera, a Uchaima-pilín, que la contemplaba atónito, se entró en el toldo diciendo simplemente:

- Aquí me quedo.

El viejo le contestó:

- Bueno.

El infeliz galán reclamó, gritó, pateó, amenazó, se mesó los cabellos y hasta llegó a decir que la china estaba enqualichada. Todo inútil. La damisela no quiso seguir a su marido, y el capitanejo, en uso de su derecho, no quiso entregarla. Pero se quedó con todo el ganado, las prendas, ropas y provisiones que Uchaima-pilín le había entregado poco antes para "pagar" a Comeangé y que, según la usanza india, no estaba obligado a devolver.

Eduardo G. Darhanpé.

y trashumantes, y aún, podría decirse, que sólo esa práctica ejercitada, constantemente, para darle prestigio bastaba, a un hombre o a una familia, de "buenos cristianos." Lo contrario movía toda la intolerancia del grupo social y daba por resultado el aislamiento más absoluto y cruel, con los peligros ciertos de una acusación por herejía, que si no encendía hogueras en Buenos-Aires, no por eso brindaba satisfacciones a ningún hogar.

¿Sucedia esto porque las gentes de la colonia eran profunda y sinceramente religiosas? Un pensador argentino, católico irrefragable, planteándose la misma cuestión, la contestó en memorables conferencias: "Las gentes, decía, - rezaban y ayunaban, es cierto; pero se infundía en su alma la alta noción de la naturaleza humana y de sus relaciones con Dios, el germen de las armonías morales, la responsabilidad y la libertad que dan su mérito a la virtud y constituyen su esencia misma? Los emperadonamientos de la Pasqua, no comprueban sino el respeto a los ritos de una religión, cuyo dogma y cuya esencia, bien podrían

no ser comprendidos. ¿Tara la religión una forma de la unidad de conciencia con Dios, aceptada por encontrar en ella el espíritu satisfecha su más elevada y trascendental aspiración? ¿No?... e involubrando, en esta cuestión, el pleito de nuestra emancipación con la resistencia de la monarquía española, acaso para no imponer una negativa absoluta, continuó así: "Nada tiene, entonces, la colonia que alegar en su favor. Ni en la escuela, ni en la familia, ni en el templo, tal es la amarga verdad que se recoge estudiándola, se preparaban las facultades del hombre para sus altos destinos."

La nota crítica podría ser documentada con la narración de los preparativos teatrales que aquí, y en todas las ciudades del continente, hacían las autoridades eclesiásticas en determinadas solemnidades, dando intervención a los indios y vistiéndolos con trajes extravagantes para que representaran en las calles, delante de las profesiones más solemnes, escenas ridículas y danzas dudosas, adiestrándolos de esta manera en las holganzas inciviles, incompatibles, desde luego, con la decencia y el de-

coro de la religión.

Las misas, según las horas en que se celebraban, tenían para el público un concepto diverso, mantenido por algunas circunstancias relacionadas con el trabajo de los regentes; así, por ejemplo, estas dos en períodos distintos: la misa de alba y la misa de una.

A la misa de alba que se celebraba al amanecer, concurrían las familias pobres y la servidumbre de las casas adineradas, las ancianas, los chicos y generalmente, el gremio de dependientes de tienda, buhoneros y otra gente de escaso lustre en las gradaciones sociales de la colonia.

Por excepción concurrían las niñas de la nobleza o los caballeros y cuando la excepción era observada, podía afirmarse que esas personas si no tenían algún impedimento extraordinario, iban a emprender viaje en el día.

Con aquella época y por muchos años durante el siglo XVIII, nadie salía de viaje sin oír previamente una misa.

La tradición aseguraba que algunos que violentaron la regla, sufrieron graves percances y hechos fatales en el ca-

mino, y lo mismo se afirmaba de aquellos que antes de salir no se santiguaban en la puerta de la calle. Cumplidas estas prácticas, los actos ulteriores de mala conducta no llamaban la atención y menos si se realizaban en día Domingo que, después del precepto religioso, quedaba libre para los caprichos y costumbres más extravagantes, como si todas las puertas de la licencia se abrieran.

Cada vecino vestía su mejor traje. Las chinitas mestizas y mujeres pobres, si tenían alfombra la llevaban al brazo, y en la cabeza el clásico paño o "pañito" que era un cuadrado de bayeta o de otro género obscuro. Más que por el corte o calidad de las polleras y demás piezas del vestido, esta gente se distinguía de las mujeres "de la nobleza", por "el pañito" con el que adornaban su cabeza. Se parecía a la toca llamada "sereno" que usaban todas en las noches, cuando salían a la calle o andaban en los patios interiores.

En algunas iglesias y especialmente, en aquellas situadas en los suburbios o en parroquias escasamente frecuen-

tadas por personas de posición, la misa de alba y la misa de ocho, eran las únicas que se celebraban. En las iglesias del centro, se oficiaban cada hora, hasta la una de la tarde, que era la última y a la que concurrían todos los vecinos más distinguidos. Las iglesias que más fama tenían, por estas reuniones sociales, eran la Catedral y San Ignacio, ésta más que la primera porque ocupaba el centro del barrio más aristocrático durante la colonia, fama que conservó cincuenta años después de nuestra independencia.

Los petimetres y currutacos, entonces, como ahora - ¡ las costumbres cambian tan lentamente! - hacían corrillos en el pórtico del templo para presenciar el desfile de bellezas femeninas y muchas veces para continuar soplando en el fuego de pasiones sin dar a la religión otra cosa que no fuera un respeto formalista. Las niñas, generalmente, llegaban en grupos y tras de ellas marchaban dos o tres pequeñas esclavas africanas con la alfombra o la silla-reclinatorio en que había de arrodillarse la amita.

El piso en las iglesias no era terrizo, ni
ni enlazado, más o menos como ahora; pero el
buen tono marcaba como indispensable, que
la devota llevase su rosario y el libro de ora-
ciones y la esclava, el reclinatorio y la alfombra.
Algunas iban acompañadas por sus pa-
dres y hermanos u otros miembros cercanos
de la familia, aunque era más común
que fuesen solas con sus criadas. Como
la misa de una se celebraba mucho tiem-
po después de haber terminado el almuer-
zo en los hogares coloniales, después de aquella,
las hermosas devotas organizaban paseos con
sus amigas o improvisaban reuniones, diri-
giéndose en grupos, a la casa de una
de ellas. No era mal mirado, entonces,
que los caballeros las acompañaran,
o las siguieran y por más severa que
fuese la etiqueta, el hecho no tenía impor-
tancia ni llamaba la atención de na-
die, pues todos los caballeros que alterna-
ban en esa clase social, tenían una amig-
dad calificada o eran parientes más o
menos cercanos entre sí. Los extranjeros,
empleados o funcionarios recién lle-
gados, peninsulares o americanos que

venían a establecerse o estaban de paso por la ciudad, desde luego conseguían recomendaciones eficaces o vivían en las casas solariegas en calidad de huéspedes distinguidos.

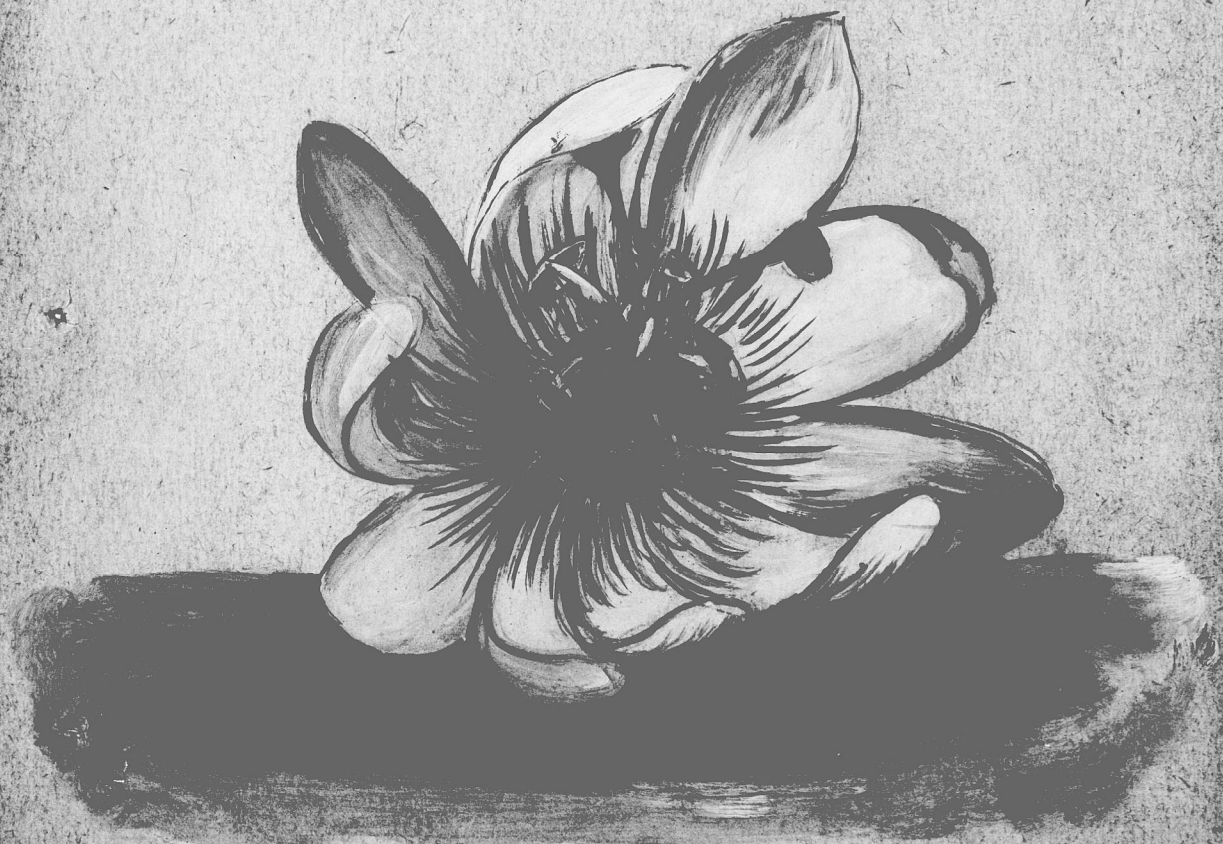
Entonces las mejores familias daban hospedaje en sus casas a los recomendados y los trataban y los trataban ellos y sus relaciones, con una exquisita confianza y obsequiosidad, tradicionales, por otra parte, en España y en sus colonias.

Los paseos favoritos durante la segunda mitad del siglo XVIII, eran, la plaza de toros, donde los vecinos de Buenos Aires, solían ver buenas corridas; cabalgatas por los pintorescos suburbios, que empezaban entonces, cuatro o seis cuadras, más allá de los viejos templos y por las hermosas quintas con cercas de mosquetas y lirios alternando con viejos tinales; paseos en la alameda o en la orilla del río, donde se encontraban invariablemente muchos ancianos caballeros, jefes de familia, comerciantes y aún respetables miembros del clero que llevaban, ellos mismos, la clásica caña

al hombro, impenitentes pescadores de mojarras.
En la alameda, bajo la sombra de frondosos árboles, las niñas formaban corrillos de entretenida charla, sin que faltasen los comestibles más apetecidos, que vendían algunas negras, viejas criadas libertas.

La institución, diremos, de estas dos misas que someramente recordamos con algunas de las costumbres antiguas, tiene todavía algo del carácter colonial en las provincias del centro.

J. M. Xiriquirre.



- La pasionaria -
Indalecia I. de Pensivenga.

Handwritten notes in the top left corner, possibly including the name 'Indalecia'.

Handwritten notes on the right edge of the page, including the name 'Indalecia'.

Provincia de L. Ríos.
C. del Uruguay.
Escuela Nacional N.º 63.
Indalecia P. de Benavente.
Directora.

La flor de la Pasión.

53

Los cristianos primitivos en su fe sincera y ardiente, escogieron como símbolo de la Pasión a la flor que, a su modo de ver, presentaba reunidas semejanzas, en sus distintas partes, con los atributos de la Pasión de Jesucristo; así en los tres estilos veían, unos, los clavos, otros, el ginoforo; en los ovarios y el pedicelo, el agate; en los estambres, las cinco llagas, o bien los cinco clavos; la corona, aunque blanda, recordaba la de espinas, y el receptáculo, el cáliz de la amargura; las tres brácteas, las tres Marías, etc. y la tradición ha sido respetada y conservada a través de los tiempos por los pueblos cristianos, los cuales la rebautizaron con el nombre que lleva: Pasionaria en castellano; Passionnaire o fleur de Passion en francés; Passione en italiano; Passion flower en inglés, etc.

Del nombre persa y árabe es Naburuey y los indios guaraníes la denominan Naburueyá. La semejanza en estas palabras hacen pensar en un origen común del nombre; llegó a los indios la palabra Naburuey proveniente del árabe, transmitida por los españoles, o bien es de origen asiático y el vendría en apoyo de la teoría que afirma que los pobladores indígenas del continente

do procedan del Asia? X

Al género *Passiflora* pertenecen hierbas y arbustos por lo general trepadores; comprende más de 250 especies, extendidas por todos los continentes.

Cultivase, también, como planta de salón por sus hermosas flores, que en algunas variedades son aromáticas.

El género *Passiflora* ha sido encontrado fósil por Fricker, que ha descrito dos especies halladas en los depósitos terciarios. Don nuestro país abunda en gran modo, siendo muchas las variedades que se cultivan; el fruto es comestible, y también se hace excelente dulce con él.

La disposición y semejanza que con los colores de nuestra Bandera, muestran los de la pasionaria *cerulea* hizo que Holmberg, propusiera, tiempo atrás, fuese considerada como flor simbólica de la patria.

Abel del Río



Representantes de la raza quechua
Indalecia S. de Prensivenga.



el as
vuelo
a la

3

56

En la selva de Montiel.

(Leyenda)
Provincia de Entre-Ríos - C. del Uruguay.

Escuela Nacional N.º 63.

Indalecia S. de Benavente.
Directora

El hecho que voy a relatar es tan rigurosamente histórico que se conservan dos chifles con las manchas de sangre del sacerdote José Coteló víctima de este hecho feroz, en poder de un pariente mío. Como es del dominio público, años atrás no había diligencias, ferrocarriles etc. para trasladarse de un punto a otro - Los viajes por tierra debían efectuarse a caballo y en compañía de un guía.

Siendo párroco de esta ciudad (Concepción del Uruguay) el padre mencionado fué invitado por el entonces cura vicario de Villaguay, para que fuera a hacer el panegírico de Santa Rosa, patrona de esa ciudad, festividad que se lleva a cabo el 30 de Agosto.

Gustoso el P. Coteló emprendió el viaje en compañía del guía que al llegar al lo más intrincado de la selva de Montiel (que ocupa la quinta parte de la Provincia de Entre-Ríos) le intimó que se bajara del caballo dándole cinco minutos de tiempo para prepararse a bien morir.

El sacerdote dijo a su acompañante:
— Hijo ¿qué mal te hice? ¿por qué quie-
res quitarme la vida?

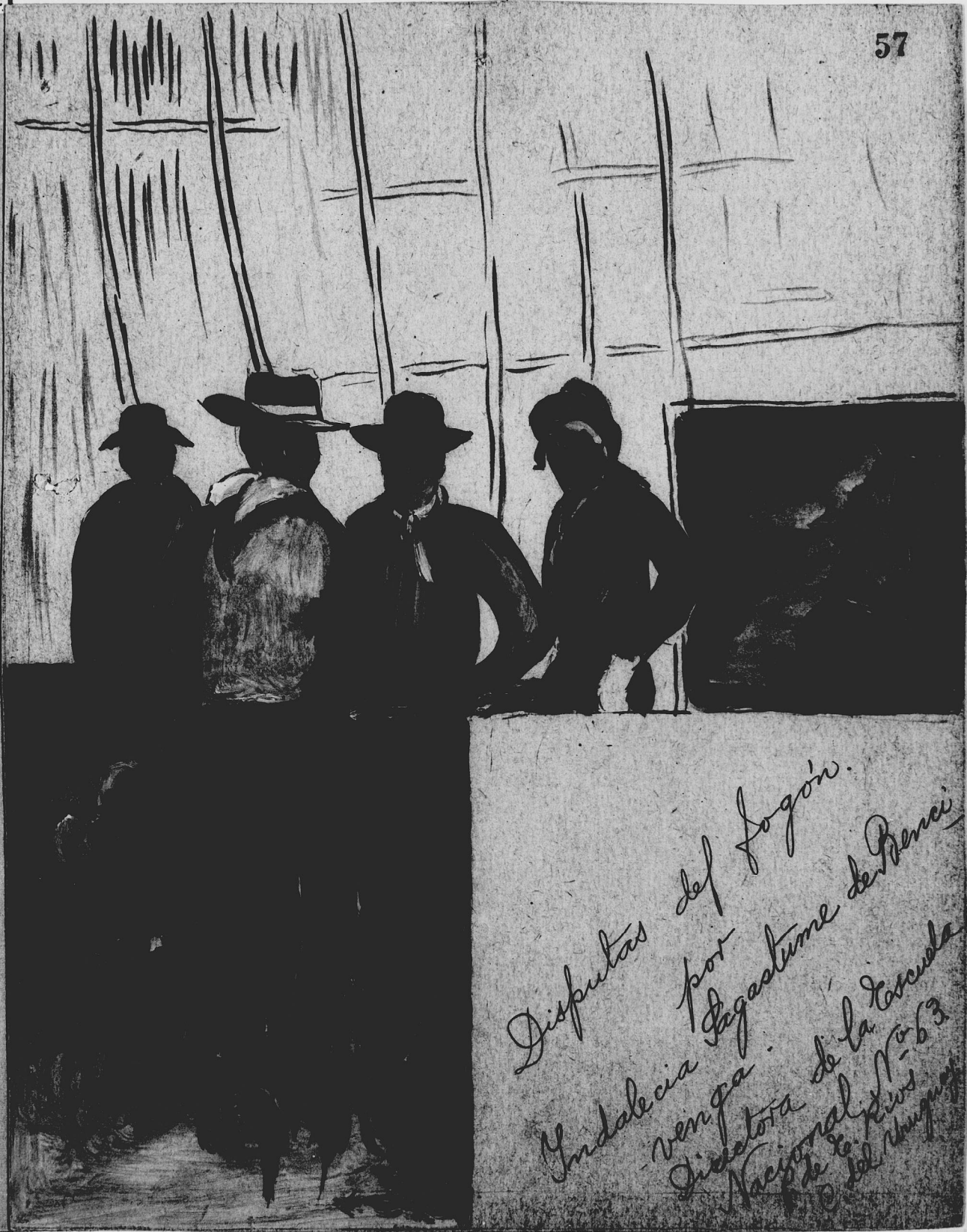
— sencillamente, porque quiero.

— Bueno, que se cumpla tu deseo!

Trascurridos cinco minutos el
infeliz párvoco era materialmente
cocido a puñaladas, según decla-
ración del miserable asesino que
saciada su alevosía, volvió a esta
constituyéndose preso.

Era entonces jefe político de un tío
abuelo mío que recibió orden de ha-
cer fusilar al delincuente en el patio
de la actual Policía de esta locali-
dad. Mi pariente visitó al reo y a pe-
dido suyo le envió una torta con
toda clase de componentes y éste agra-
decido le regaló los chifles con la
sangre de la víctima que como ya
he dicho se hallan en poder del hijo
de mi tío abuelo.

Indalecia Sagastume de Benavenga.
Directora.



Disputas del fogón.
 Indalecia por
 venganza.
 Directora de la Escuela
 Nacional N.º 63
 de la Pampa del Uruguay

nga.

Provincia de C. Riós.
C. del Uruguay.
Escuela Nacional N.º 63.
Yndalecia P. de Benavente.
Directora

Disputas de fogón.

El negro Polidoro desparamó la jeta en una carcajada que pareció un relincho y dejó al descubierta toda la mazamorra.

Rióo largo rato, en una especie de convulsión histérica, y cuando logró calmarse y recoger la trompa pulposa, como belfo de buey, preguntó:

— ¿A que no adivinan de qué m'estoy riendo?

— A la fija de alguna parada no más; que los zongos se ríen solos, — dijo Coribio.

— Con cambio los envenenados como vos, que parecen mordidos por yararás, no se ríen nunca; y a hombres que nunca se ríen les tengo menos confianza que a bagual tuerto. Cuando a un cristiano se le ha cuajao la risa en el cuerpo, es a la fija que ha mascao un guyo malo.

— Cada uno sabe a que rienda ha de torniar.

— Y tuitos sabemos que caballo de una sola rienda es manero o mal domío...

— No te pasés ollín, que te vi'á peinar las motas en el mango del talero.

— ¡ Si puede... m'empriesto un rial!...

Juan José intervino:

— ¡ Dejalo en paz al cambio!... Una oreja negra siempre hace falta en una majada: sírvale pa' guita... Y además, los morenos también son hijos de

Dios...

- ¡Cosa si que la vamos a discutir!... Acordate de aquel versito que solía cantar el payador Benavides:

A los blancos hizo Dios,
A los mulatos San Pedro
Y los negros hizo el diablo
Para tizón del infierno..."

Amorespóse Polidoro y respondió arrogante:

- Benavides también cantaba un cecilito d'esta laya:

"Si las astas retonasen
como retona el tomillo
¿Estaría este pobre moro
Más apurado que un novillo."

- ¡Aujeta la lengua retinto si le tenés cariño al cuero!...

- Carece que primero afilés la daga y le saqués punta, porque yo tengo el cuero duro y un cuchillo mellado y mocho no me hace ni la cola.

Abróse airado, Toribio, desnudó rápidamente la daga y exclamó furioso:

- ¡Te vi'a enseñar que pa vos, con la vaina me está sobrando!... ¡Acostumbrao estoy a degollar mulitos!...

- ¡Por qu'ellas se degiellan solas! - replió el negro poniéndose a su vez de pie y echando mano al facón. Y acabó provocativamente:

- ¡Tenderza, que es quien campo y hace tiempo que

mi daga tiene antojo de comer chinchulines de cristiano!

Uban ya a trenzarse en rina sangrienta, cuando el viejo don Camilo, que había escuchado la discusión con filosóficas indiferencia, se levantó y cogiendo un grueso tijón de coronilla hecho ascuas, exclamó con imperio:

- ¡Van a respetar la casa o yo los vi'á azongar a tizonazos!...

La autoridad indiscutida del capataz se impuso. Coribio y Tolidoro sofrenaron sus rencores y tomaron a sentarse, frente a frente, en la margen del fogón. Para disimular, el primero sacó un naco y se puso a picarlo sobre el dedo y el otro, tan receloso como su contrincante, comenzó a dibujar marcas en el suelo con la punta de la daga.

- Guarden los cuchillos quien todavía no está puesto el asao, - ordenó don Camilo.

Ambos obedecieron y Coribio se levantó y salió del galpón para ir a recostarse al palenque.

Entonces el capataz dijo reverentemente al negro:

- ¡Te parece lindo haberlo tratado de...?

- ¡Si jué una broma don Camilo!...

- ¡Con la verdad no se bromea!...

Martín Laguna



- De viaje -

Indalecia I. de Benavente:
Directora de la Escuela Nacional N° 63
Provincia de Entre-Ríos.
C. del Uruguay.